

LIBROdot.com

Asunto Cerrado

El relato

El presente relato es una historia ubicada en la época actual. Un relato urbano que teniendo como telón de fondo el mundo de la delincuencia nos introduce en los pensamientos íntimos y avatares de sus personajes.

Sipnosis

Manel, un incipiente estudiante de periodismo, decide investigar sobre las circunstancias que envuelven la muerte de alguien cercano a una amiga muy especial. Aparentemente, se trata de la muerte de un vulgar delincuente, pero las circunstancias que envuelven la situación evidencian que puede existir algo más que una simple discusión entre delincuentes.

Narraciones del autor

Hora de dormir - *Intriga*
El don - *Misterio*
Kuemetek - *Aventuras*
Duendes - *Psicológica*
Viaje a Ronda - *Turismo*
Recuerdos difusos - *Policia*
Asunto cerrado - *Intriga*
El manuscrito ocre - *Misterio*
Lintera de relatos - *Relatos cortos*

© Rafael López Rivera
Enero 2002
rlr.rlr@terra.es

1. El suceso

Media mañana, un coche parado en la linde de un descampado solitario.

Desde la lejanía, se apreciaban dos hombres de pie hablando junto al vehículo aparentemente teniendo una charla normal. El volumen de la conversación fue creciendo paulatinamente dando paso a palabras acaloradas. Gestos bruscos, gritos fuera de tono, la discusión iba a más.

La separación se produjo por un giro repentino de uno de ellos, el cual, se dirigió al automóvil abriendo la puerta del acompañante introduciéndose y cerrando con un fuerte y sonoro portazo. El otro hombre, más sereno, anduvo dos pasos hacia delante y se quedó observando las montañas pensativamente, con la mirada perdida allá a lo lejos, sopesando los pros y contras de una decisión. Mientras se decantaba por una de las opciones, daba lentas caladas al cigarrillo que ardía entre sus dedos, exhalando el humo intentando lanzar, en vano, pequeñas redondas al aire que al final, acababan convirtiéndose en torpes volutas informes de humo.

Un momento de sosiego apartado de la discusión, un par de minutos de espera reflexionando para, a continuación, volver al vehículo con la determinación y serenidad que proporciona una decisión tomada.

La conversación se reanudó en el interior del coche, esta vez sin tensión, sin acritud, desde fuera no se apreciaba agitación, parecía que las aguas habían vuelto a su cauce.

-Lo siento, no puedo aceptar -dijo uno de los hombres con intransigencia.

-¿Por qué no?. ¿Acaso piensas que no te van a creer?. Nos repartiremos la mitad para cada uno, yo desaparezco y tú dices que no me has encontrado. Esa cantidad de *nieve* puede arreglarte la vida. ¿Tienes la más remota idea de a cuánto se cotiza el gramo puro en el mercado?. ¡Es mucho dinero!. ¿Por qué te empeñas en rechazarlo?.

-¿No lo entiendes?. No se puede ir en contra de ellos. Llevas demasiados años en esto como para, a estas alturas, hacer tonterías de novatos.

-Por eso, precisamente, he visto muchas cosas con estos ojos, he oído muchas más con mis oídos de las que hubiese querido y llevo demasiada historia a mis espaldas como para haber sacado tan poca tajada; mientras, veo como otros se enriquecen sin haber tenido que mancharse las manos realizando el trabajo sucio. Tú eres todavía joven para entenderlo, pero espérate a tener siete u ocho años más y, cuando seas como yo de viejo, verás como sí serás capaz de digerirlo y aceptarlo. ¿Por qué esperar hasta entonces?.

-Ya me estoy cansando de tanta palabrería. ¡Dame la nieve que falta!. ¡Acabemos de una vez! -exclamó el otro hombre propinándole un pequeño golpe con el dorso de la mano en el pecho.

La paciencia se le estaba acabando al emisor. Este cambio de actitud denotaba que la discusión estaba llegando a su fin y que no existía ánimo de continuar prolongándola, no había más alternativas que ofrecer.

-Vale, vale, ya está claro... ¿Crees que me pasará algo?. ¿Me perdonarán este patinazo?. Llevo muchos años metido en esto y nunca he dado problemas. ¡Ellos me

conocen bien!. ¿Verdad? -este último comentario realizado por el hombre sonó en tono de súplica.

-Eso sabes que no depende de mí. Yo soy insignificante, nimio dentro de la organización, sólo hago de mensajero. Mi opinión no vale, nadie me va a consultar a mí, pero creo que, en cualquier caso, lo mejor para ti es que lo devolvieras lo antes posible.

-Vale, voy a hacer lo que tú dices, déjame sacarlo del maletero.

-¡Qué ignorante eres!. ¡Cómo eres capaz de llevarlo en el coche! –se burlaba el emisor.

De repente sonó un estallido. ¡Se había producido un disparo dentro del vehículo!.

Unos pajarracos apostados en unos pinos cercanos, emprendieron asustados el vuelo al unísono. La quietud y sosiego del bosque se quebró.

Tres segundos de silencio y volvieron a sonar otros dos disparos seguidos; después, tras unos instantes de espera e incertidumbre, por fin, se abrió una puerta del automóvil. Un hombre salió rápidamente del vehículo, nervioso, sensiblemente alterado e inquieto, más por el miedo a ser descubierto que por el crimen cometido a plena luz de día.

Era una verdadera lástima que todo terminase así, tan bruscamente. Este final estaba predicho desde el preciso momento en el cual, aquella conversación se inició. La muerte de uno de los dos era inevitable, una situación sin salida, como cuando se entraba con un vehículo en una angosta y estrecha calle para al final comprobar que se encontraba cerrada y sólo existía una única y posible opción, la marcha atrás por el mismo recorrido. Aquí tampoco se vislumbraba otras alternativas ni otros caminos donde escoger. Ambos tenían claro que, en el fondo de sus corazones, no había cabida para los sentimentalismos ni para las amistades, aunque hiciese muchos años que se conocían. En su organización, una rotura del código de conducta o de honor exigía, en compensación, una muerte y este precio debía ser pagado irremisiblemente sin excepciones, misericordia o perdón.

El asesino se dirigió sin pérdida de tiempo a la parte trasera del automóvil, abrió el maletero, extrajo una garrafa de plástico medio llena de un líquido de color amarillo verdoso claro y, junto con una pequeña mochila de mano que llevaba encima, las dejó al pie de unos matorrales apartados del coche.

Se desvistió, despojándose de las alhajas y del reloj. Los depositó con la camisa y el pantalón liados dentro de la mochila. Se colocó una camiseta de tirantes y un pantalón corto de deporte. Esto, junto con: las deportivas baratas que calzaba, los calcetines blancos, la cinta de tela elástica negra para sujetarle el pelo y un reloj digital con correa de plástico en la muñeca, le daba un aspecto auténtico de deportista aficionado, de los que corren los fines de semana para rebajar grasas. Esos que han superado la barrera de los cuarenta y que, dentro de su madurez, no aceptan el declive de su cuerpo, intentando sentirse tan ágiles y vigorosos como cuando tenían treinta años. Una vez cambiada su imagen, cual transformista en noche de carnaval o fiesta, volvió al coche para registrar y rebuscar en los bolsillos del cadáver.

Luego, tomó la garrafa vertiendo y desparramando el líquido por el interior del vehículo, empapó los asientos y roció el cadáver. Un intenso olor a combustible se extendió por el habitáculo, el aire dentro se hacía irrespirable. Tras el vaciado del contenido de la garrafa, abandonó el coche cerrando todas las puertas, dejando, tan sólo, uno de los vidrios bajado a media altura. Observó de nuevo inquieto los alrededores, lentamente escudriñando cada sombra, cada matorral, cada claro de la vegetación. El miedo a ser descubierto era patente en su rostro y en su actitud.

Se distanció a un metro y medio de la ventanilla, tomó la pistola, le quitó el cargador y la lanzó dentro, ya no servía de mucho, estaba marcada con una muerte, no sería prudente continuar conservándola. ¡Nada debía servir para relacionarle con aquel crimen!

Extrajo un mechero tipo *zippo* de la mochila y, a continuación, lo arrojó encendido al interior. Instantáneamente se produjo la deflagración del combustible, acompañado de un fogonazo que dio paso, a unas lenguas de fuego que inundaron todo el habitáculo del vehículo, convirtiéndolo en un infierno candente purificando todo aquello que quemaba. El coche era robado así pues, el fuego se encargaría de destruir y borrar cualquier huella delatora.

Tomó una cartera de bolsillo confeccionada con piel de serpiente, le quitó el dinero y las tarjetas de crédito, no le extrajo la documentación personal. Después, la lanzó a unos matorrales cercanos, era una lástima deshacerse de ella, una cartera de tan buena calidad desperdiciada, pero se hacía imprescindible que, a ojos de la policía, pareciese que el robo había sido el móvil de un asesinato fortuito. Todo valía con tal de llevar al despiste y sembrar de confusión a los detectives.

Para dar por finalizado el trabajo y como colofón a su acción criminal, el individuo oteó por última vez los alrededores y a continuación, tomó la mochila y emprendió una rápida huida en dirección a la distante carretera, no podía permitir que lo encontrasen en las inmediaciones de la escena del crimen. Más tarde, una llamada por el teléfono móvil y alguien vendría a recogerle. Mientras esto llegaba, sería simplemente un cuarentón que corre por la carretera haciendo ejercicio disfrutando del paisaje primaveral, totalmente ajeno a lo acontecido en el descampado.

Su cuerpo no estaba acostumbrado a correr. En poco tiempo, estaría con resuello y empapado en sudor, dando la impresión, a simple vista, de haber sido alguien que llevaba una pesada e intensa jornada de deporte físico, corriendo kilómetro a kilómetro desde hacía un buen rato. Las extensas manchas de sudor y el gesto de cansancio, darían credibilidad a su papel en el supuesto que alguien, se fijase en él corriendo a esas horas por la solitaria carretera.

Tanatorio del Cementerio Norte

La primavera agotaba sus últimos días de existencia. Pronto el verano llegaría cubriendo las jornadas bajo su manto de agobiante y sofocante calor. El relevo de las estaciones se hacía evidente por la benevolencia del clima, el cambio de la temperatura y la prolongación de la luz solar durante el día.

La mañana radiante, llena de luz y vida, invitaba al optimismo haciendo un llamamiento al buen humor y al vestir de manga corta con colores alegres. Este ambiente se respiraba fuera, en la calle, en contraste con la sobriedad y el murmullo de las conversaciones en bajo tono llenas de pesadumbre que presidían de puertas hacia dentro.

El presentar los respetos a una persona por el fallecimiento de un ser allegado, siempre era un momento incómodo, cuando menos, tirante. Aún cuando era ley de vida, difícilmente alguien llega a acostumbrarse a ello, la muerte siempre impactó en la naturaleza humana. El hombre, hasta el día de hoy, todavía no ha aprendido a convivir con ella.

En una situación como aquella, a la hora de expresar las condolencias... ¿Qué sería mejor decir en esas ocasiones?. ¿Qué sería lo adecuado?: ...Un "lo siento"... Un "te acompaño en el sentimiento"... En cualquier caso, a la persona a la que iba dirigido el mensaje, le importaba poco la fórmula que se emplease. Normalmente, asentía en

respuesta a la frase protocolaria con un gesto o unas pocas palabras a modo de saludo. Posiblemente, en la mayoría de los casos, el familiar en su afligido estado, ni llegaba a escuchar el cumplido, sólo se limitaba a contestar con cortesía en un automático acto reflejo.

En ocasiones, cuando se asistía a un velatorio, ni siquiera se conocía al difunto que estaba expuesto de cuerpo presente. Simplemente, la presencia en el acto se veía justificada por el sentimiento de respeto y apoyo al familiar que, al fin y al cabo, era el nexo de unión entre el difunto y algunos de los visitantes, éste era el caso de Manel.

Hacía tan sólo cinco minutos que había llegado a la antesala. No localizó a nadie de la pandilla entre aquel gentío, decidió esperar un poco más, todavía era pronto, no quería dirigirse él solo a dar el pésame a Julia, estaría fuera de lugar. Su relación amistosa con ella no justificaba del todo su presencia allí, en aquel acto tan solemne e íntimo para la familia de la muchacha.

Este año, el nuevo plan de estudios exigía un idioma extranjero como asignatura obligatoria para todas las carreras universitarias. Manel escogió el inglés porque poseía una base sólida. El estudio de este idioma, lo tuvo relegado al olvido durante, al menos, un par de años; ahora se hacía necesario refrescarlo de nuevo. Este sobreesfuerzo no era considerado por él, como una pérdida de tiempo puesto que, el inglés, siempre sería una buena herramienta para un futuro periodista.

En la academia particular, dentro del grupo reducido de alumnos del tercer curso, estudiaban Julia y Manel. Durante el transcurrir de las clases, comenzó a fraguar su atracción hacia la chica; más tarde, se dio la feliz coincidencia que su amiga de secundaria, Marta, conocía a Julia desde la infancia. Ahora de mayores, ambas formaban parte de la misma pandilla. Manel aprovechó esta circunstancia y, con la ayuda de Marta, se introdujo en el círculo de amistades de Julia, este acercamiento se produjo tan sólo hacía un par de fines de semanas, pero gracias a sus encuentros en las clases de inglés, su amistad se iba consolidando a pasos agigantados.

Él, en lo más profundo de su corazón, albergaba un verdadero y sincero interés por ella. Su amistad era demasiado reciente como para anticiparse, la precipitación no le acarrearía nada bueno y menos a él con lo patoso que solía ser para las cosas del amor. Por este motivo, pensaba que era mejor aproximarse a ella arropado por el grupo, seguro que Julia notaría y agradecería su presencia allí, sin llegar a intuir sus verdaderas intenciones amorosas hacia ella. Por ahora se conformaría con un amor incorpóreo, idílico y platónico. Todo requería su tiempo y, en esos momentos, lo importante era asentar y consolidar una buena amistad, dar tiempo a que lo conociese mejor y descubriese sus encantos como persona ya que, sus atractivos físicos no eran su mejor arma. Tenía que plantear su estrategia en este sentido, encaminada hacia el futuro, para que más tarde, la amistad pudiese dar paso a una posible relación entre ambos.

Mientras llegaban los colegas de la pandilla, Manel, como entretenimiento y por distracción, se dedicó a observar a las personas congregadas en la antesala. Trataba de imaginar la clase de individuo que era el difunto y su familia, a través del análisis superficial de las personas que constituían su círculo de amistades, su forma de vestir, sus gestos, sus conversaciones. Se podía obtener mucha información de ello: el estrato social al que pertenecía el difunto, nivel cultural, los orígenes de la familia y hasta los ambientes en los que se movía.

Observar, analizar y extraer conclusiones, cualidades imprescindibles que Manel debía perfeccionar y potenciar si algún día, quería llegar a ser un buen periodista y tener

instinto para las noticias, cualquier ocasión valía como excusa para ir ejercitando dichas habilidades.

Al poco, llegaron algunos de los miembros de la pandilla a la antesala: Noemí, Pep, y Marta, todos vestidos para la ocasión con tonos grises y oscuros, algo que chocaba tremendamente con su habitual alegría. Ir vestidos con estos sobrios colores era el proceder correcto para el acto al cual asistían, muy al contrario que Manel, que llevaba irreverentemente una camisa de estampados llamativos y chillones, por denominarlo de una forma elegante. Él siempre careció de ese tacto en tantas ocasiones necesario para las relaciones humanas. Estas cosas le solían ocurrir por despistado, por no pararse a pensar por unos instantes, si hiciese este ejercicio más a menudo antes de salir de casa, se evitaría situaciones bochornosas y comprometidas como la de hoy.

Los de la pandilla enseguida le divisaron y se dirigieron directos hacia él.

-Hola Manel –saludó Noemí con su alegría juvenil que, en aquellos momentos, contrastaba con el ambiente lúgubre y solemne que se respiraba allí.

-Hola chicos –contestó Manel con una sonrisa, francamente aliviado por romper su soledad.

-¿Hace mucho que estás aquí?. ¿Has visto a Julia? –preguntó Marta con precipitación sin apenas dar tiempo a Manel a responder.

-Acabo de llegar, todavía no la he visto, pero supongo que debe estar ahí dentro del velatorio con el resto de los familiares.

-¡Oye Manel!. No permitas que nadie te diga que esa camisa no es guapa -comentó Noemí a modo de broma resaltando, indirectamente, lo inadecuado de aquella prenda para el acto al que estaban asistiendo.

Él asintió con un gesto circunstancial, siendo consciente que, en serio o en broma, Noemí tenía toda la razón del mundo para hacerle aquel reproche.

-¿Sabéis de dónde viene la costumbre de velar a los muertos en las vísperas de los entierros? –preguntó Pep dispuesto a dar una explicación ilustrativa al evento.

-No, pero sospecho que lo vamos a saber en breve. ¡Qué inoportuno eres! –comentó Marta con cara de fastidio. Sabía por experiencia, que tras una pregunta de este tipo venía la inevitable disertación sobre el tema. Siempre le importunaba aquel aire de sabelotodo que poseía Pep.

-Os cuento: ...La tradición viene de muy atrás. Antiguamente, no todo el mundo tenía la posibilidad de permitirse pagar los honorarios de un médico o, simplemente, no existía en las inmediaciones. El caso era que, bien por unas circunstancias o por otras, cuando alguien fallecía de muerte natural, no solía estar presente un médico que realizase un examen y certificase que aquella persona había muerto realmente. Se daban casos de personas que presuntamente estaban fallecidas cuando, en realidad, sufrían un ataque de catalepsia. Ésta es una enfermedad rara del sistema nervioso central, que genera una especie de inconsciencia temporal durante la cual, se pierde la capacidad sensitiva y la movilidad. Algo así como un estado de coma, con cierto nivel de engarrotamiento de los miembros y articulaciones, según fuese la gravedad del caso. De ahí la confusión inevitable, para los no instruidos, entre un enfermo cataléptico sufriendo un episodio y un fallecido. El estado de colapso del organismo es transitorio y desaparece al cabo de unas horas. Por aquel entonces, tampoco existían medios para conservar los cuerpos y evitar la descomposición con sus molestos efectos secundarios, es por ello, que se enterraban los cadáveres lo antes posible, sin demora. Por supuesto, la persona que había sufrido un ataque de este tipo y la sepultaban, moría enterrada viva o, si la fortuna le sonreía, volvía resucitada a la vida al cabo de

unas horas, librándose por sí misma de su propia tumba. Evidentemente, todo ello sin necesidad de la intervención divina, aunque los que presenciaban el fenómeno y al muerto resucitado, se empeñasen en afirmar que se trataba de un milagro, intentando ver y justificar en el suceso un protagonismo divino dónde sólo había actuado la propia biología humana. Con el transcurso del tiempo, como medida de precaución, se adoptó la costumbre de velar durante un día entero a los fallecidos. Actualmente este proceder no es necesario, a las defunciones por muerte natural, se les practica una autopsia para conocer las causas finales del fallecimiento y tras esta intervención, a bien seguro que el difunto está más que muerto. No obstante, el acto simbólico de velar, es aprovechado por los conocidos, amigos y familiares para visitar a la familia y expresar su dolor por tan lamentable pérdida... ¡Ya está!. Ésta es la explicación de por qué se vela a los muertos.

-No veas lo que sabe *el empollón* de las gafitas, resulta asquerosamente pedante – bromeó Noemí admirada por los conocimientos de Pep.

-Este *tío*, siempre está pensando en tonterías -añadió Marta manifestando visiblemente de nuevo su aversión hacia Pep y a sus explicaciones de cosas extravagantes a la vez que ilustrativas. ¡Los demás no eran tontos!.

-Entonces..., ¿qué hacemos ahora? –preguntó Manel.

-Parece obvio, hay que entrar ahí dentro y dar el pésame a Julia -contestó Noemí con aplomo.

-¿Es necesario? –preguntó Pep con gesto de desagrado en su rostro-. A mí esto de los muertos me da mucho *yuyu*.

-¿Para qué has venido tú aquí?. ¿A hacer una excursión? –le replicó Marta ironizando la escena.

-¡Venga!, vamos todos juntos y así será más fácil, cuanto antes entremos, mejor – propuso Noemí viendo que los chicos no se arrancaban a tomar la iniciativa.

Los cuatro se dirigieron a la sala del velatorio abriéndose paso entre los corrillos de la gente que, charlando, intentaban hacer transcurrir el tiempo hasta que llegase el momento de la celebración de la misa en la capilla. Pep inconscientemente se relegó a una posición un poco más atrasada, colocándose el último del grupo. Manel también prefirió que las chicas fuesen las que encabezasen la pequeña comitiva, no deseaba que su camisa fuese el farolillo rojo que guiase al grupo.

2. Las habladerías

Penetraron en la sala del velatorio, ésta era de muy reducidas dimensiones, apenas si existía espacio para quince o veinte personas. Caras serias, semblantes largos, ojos arrasados y ojeras que evidenciaban, en los rostros de la madre y de la hija, una noche de mal dormir ante la dificultad de la aceptación de lo inevitable. Este aire de melancolía gris estaba acompañado por una sencilla y sobria decoración. Una iluminación tenue de luz amarillenta enfocaba hacia el bajo techo, incrementándose la sensación de ahogo de los colores a consecuencia de los tonos pardos blanquecinos de las losas de mármol que cubrían las paredes. El ambiente envolvía y superaba a las personas invitándolas al retraimiento y a la tristeza.

Las chicas pronto divisaron a Julia entre los familiares, aceleraron su paso con los brazos abiertos al aire yendo a su encuentro. Ella, por su parte, las vio llegar y las esperaba también con los brazos abiertos en alto. Las tres abrazadas, comenzaron a sollozar y gimotear inmersas en un dolor y duelo común. La imagen encogía los corazones. Manel y Pep contemplaban la escena a unos dos metros de distancia, un poco apartados, no se atrevían, ni siquiera, a acercarse y quebrar con su intromisión, ese instante tan especial de apoyo y unión espiritual entre las muchachas.

Las chicas permanecieron un par de minutos abrazadas en esta actitud. Este momento de recogimiento íntimo, se vio interrumpido por la repentina aparición de un empleado uniformado del tanatorio que se acercó, a la familia, de forma silenciosa con actitud compungida, con movimientos lentos y pausados más propios de un fantasma que de un mortal. A continuación, les comunicó que debían desplazarse a la capilla para iniciar la misa por el alma del difunto.

Todos los visitantes, en masa, siguieron al empleado que caminaba con semblante serio, solemne, con el cuerpo erguido, con la espalda recta como si la tuviese atada al mástil de un velero. Parecían un grupo de borregos, que formando parte de un rebaño, aguardasen agrupados a franquear la angosta entrada del corral, esperando pacientemente a que, uno a uno, fuesen superando el umbral de la puerta de la capilla en su lento avance.

Pep y Manel durante todo ese tiempo, no tuvieron la oportunidad de cruzar ni una sola palabra con Julia que caminaba, en esos instantes, a la cabeza de la comitiva custodiada, a cada lado, por Marta y Noemí. No importaba mucho que ellos no dijese nada, fue suficiente con que los hubiese visto, para qué hablar, estaba todo dicho.

La austera capilla tenía capacidad para unas cuarenta o cincuenta personas, lo que proporcionaba una buena excusa a todos aquellos que no quisiesen presenciar el oficio de la misa. Éste era el caso de Pep, el cual, a lo largo del trayecto desde que salieron del velatorio, estuvo tratando de convencer a Manel para que ambos se quedasen fuera esperando. En realidad no le costó mucho conseguirlo, todo lo contrario, menos del esperado. Manel era ateo, no iba con él toda la parafernalia de la religión, ni sus ceremonias, ni sus rituales; si en alguna ocasión realizaba un esfuerzo y hacía acto de presencia en un oficio religioso, era porque estaba cumpliendo con un compromiso

ineludible en señal de respecto hacia alguien muy importante para él, nunca por voluntad propia. Hacía años que eligió este camino.

Mientras tanto, la gente continuó entrando despacio por la estrecha puerta de la capilla. Ellos permanecieron al lado de la entrada, un tanto al margen, esperando a que todos estuviesen dentro. Después, para aguardar hasta que el acto de la misa finalizase, se sentaron fuera en el recinto, apartados en un banco de madera desde el cual, se podía contemplar la entrada a la capilla.

-¡Qué situación más incómoda! –dijo Pep iniciando la conversación.

-Sí, es verdad, acongoja ver llorar de esa forma a alguien conocido.

-Julia es muy buena chica, no merece quedarse sin padre tan joven.

-¿Lo conocías? –preguntó Manel lleno de curiosidad por saber más cosas sobre la vida de Julia.

-No y, por lo que tengo entendido, mejor así.

-¿Por qué?. ¿Pasa algo con su padre?.

-Por lo poco que yo sé, no era *trigo limpio*.

-¿En qué sentido? –inquirió Manel envuelto en una tremenda y ansiosa curiosidad.

-Imagínatelo, su padre no trabajaba y, las *malas lenguas*, difundían que estaba mezclado en negocios ilícitos relacionados con asuntos de drogas.

-Es un poco *fuerte* lo que me estás diciendo.

-Hombre..., tú mismo. ¿A cuántas personas conoces que las hayan matado a tiros y después las quemasen dentro de un coche?.

La pregunta de Pep no estaba exenta de sarcasmo.

-¿Ha sido eso lo que le ha pasado al padre de Julia? –preguntó Manel con asombro y perplejidad.

-Sí, ¿a qué es alucinante?.

-Parece el argumento de una mala película. ¿No estarás exagerando?.

-Piensa lo que quieras, pero es verdad todo lo que te he dicho.

-No lo pongo en duda, ¿Julia lo sabe?.

-Sí, claro que sí. Ella sabía que su padre tenía asuntos sucios, pero nunca hablaba de ello. Julia cada día se sentía más despegada de su familia y su hogar, siempre tenía problemas en las relaciones con sus padres.

-A nuestra edad, es normal, todos nos sentimos obligados a distanciarnos de nuestros progenitores, es lo que suele ocurrir en esta fase de la vida. Ellos son de otra generación, nunca nos comprenderán... Volviendo de nuevo al tema anterior, ¿Julia tiene algo que ver con cosas de droga?.

-No, ¡qué va!. Ella está fuera de todo ese mundo. No puedes juzgar a una persona por lo que era su padre, ella es diferente.

-No, claro que no, no la juzgo, tampoco lo pretendo, era sólo una pregunta por mera curiosidad.

-¡Menuda pregunta!. Más te vale que no vayas por el mundo haciéndole a la gente ese tipo de preguntas –advirtió Pep.

-Siento haber sido tan directo. A veces, no me doy cuenta, pero siempre le estoy buscando los *tres pies al gato*.

-Pues..., en este caso, existen motivos suficientes como para sospechar y son bastante lógicas las reservas pero..., no te engañes, Julia está completamente *limpia*.

-Oye, no le digas que te he hecho este tipo de preguntas –advirtió Manel con severidad.

-No te preocupes, no pienso decirle nada, tampoco yo debería haberte contado lo de su padre, a nadie le gusta que aireen sus asuntos privados y, menos, los referentes a la familia.

-Seamos inteligentes. Esta conversación nunca ha tenido lugar, de esta forma todo queda en paz y sólo entre nosotros –propuso Manel en un pacto de complicidad.

-Si tú no dices nada, por mí, de acuerdo -asintió con alivio Pep.

Permanecieron callados durante el resto del tiempo, como temiendo hablar más de la cuenta otra vez y continuar realizando nuevas declaraciones indebidas. En silencio, la espera se hacía eterna, abriéndose las puertas de la imaginación y del pensamiento en un intento por rellenar el vacío provocado por la falta de conversación.

Manel recapacitaba sobre las consecuencias de estar allí, esto le facilitaría el camino hacia su amada o, por el contrario, ella pensaría que era un atrevimiento por parte de él y no lo encajaría bien del todo.

Cuando la amistad, se encontraba todavía en un estadio incipiente, no habiéndose alcanzado el grado de conocimiento mutuo, como era su caso con Julia, nunca se podía predecir cual era la mejor forma de actuar. A Manel le preocupaba un poco el estar metiendo la pata por su falta de delicadeza y tacto.

Pep, sin preocupaciones amorosas que le perturbasen la mente, dejó volar su imaginación mucho más allá que Manel, fuera del alcance de los temas terrenales. Él continuaba dándole vueltas a las cosas de los muertos que, siempre, había sido una de sus obsesiones desde muy temprana edad, cuando a consecuencia de la muerte de una mascota, un animal muy noble querido por él, tomó conciencia de lo que la muerte significaba. Además, tiempo atrás, siendo un adolescente, quedó muy impresionado por una sesión de espiritismo casero, que ejecutó junto con un grupo de amigos en la casa de uno de estos, en una habitación, en la cual, falleció una tía abuela o algo así. Este amigo de Pep, que pasaba por ser un entendido en la materia, siempre recomendaba que, para llevar a cabo este tipo de ejercicio, el mejor emplazamiento era donde había muerto alguien o permanecido un fallecido. Ahora los negros ojos de Pep centraban la atención sobre las salas de los velatorios, mirándolas casi con recelo, por allí pasaban cientos de difuntos al cabo del año, cada uno de ellos acompañado por las escenas de dolor protagonizadas por sus familiares, personas buenas, personas malas, historias individuales, sus vidas, sus pasiones, sus odios.

¿Qué ocurriría si se hiciese una sesión de güija o de espiritismo en uno de estos habitáculos?... Aparecería un espíritu solitario, aparecerían muchos, serían benévolos, serían crueles. ¿Qué tendrían que decir a los de este lado?. Algunos de ellos se marcharon satisfechos después de haber disfrutado de una vida plena, para otros, puede que la muerte fuese un alivio a su padecimiento terrenal o la finalización de una amarga soledad pero..., qué ocurría con los que no habían cumplido sus objetivos, con aquellos a los que la vida les había sido arrebatada contra su voluntad, se marcharían en paz, se quedarían aquí en este mundo buscando una luz que los guíe, vagarán entre dimensiones esperando el momento para descargar su frustración y resentimiento sobre alguna inocente víctima. ¿Sería éste su Purgatorio?

A causa de estos pensamientos, un escalofrío le recorrió la columna vertebral obligándole a pegar un involuntario respingo. Manel se dio cuenta del gesto reflejo de su amigo:

-Tío, ¿qué te pasa?. ¿Tienes frío?.

-No, que va, como te he dicho antes, estas cosas de los muertos me acongojan un poco. Verdaderamente para mí, estar aquí, supone un sacrificio mucho mayor del que os podéis imaginar, por muy liviano que os pueda llegar a parecer a vosotros.

-Si quieres, salimos fuera -propuso Manel viendo el color pálido amarillo cera que estaba tomando el rostro de Pep.

-No..., no es necesario..., no es nada, sólo un poco de aprensión a estos recintos, enseguida se me pasará -contestó el muchacho con una sonrisa que, de forzada, más bien se convirtió en una mueca, como las sonrisas diabólicas de los muñecos asesinos de las películas de terror.

Por momentos, el color de cara de Pep iba tomando la misma tonalidad pálida marmólea que la que adquirirían la tez de los difuntos.

-De verdad que no me importa salir contigo y acompañarte. Yo no te entiendo chico, sabiendo como eres y el mal rollo que te dan estas cosas, ¿por qué has venido?.

-Porque Julia es una tía legal, auténtica y debemos estar aquí, pero no pienses que voy a ir a muchos entierros en lo que me queda de vida. Si puedo evitarlo así será y solo iré al mío, dado que en ése estoy obligado a asistir -bromeó Pep, dando a entender que ya se estaba reponiendo de su mal trance.

-Por mí no te preocupes, si no vienes a mi entierro lo entenderé y no volveré de la ultratumba para recriminártelo -bromeó Manel intentando quitar hierro a la situación.

-Sí, tú riéte de los muertos y del inframundo. Ya verás como algún día te llevarás un disgusto. Con las cosas de los no vivos no se tontea.

-Yo, sobre este particular, tengo una máxima: si un espíritu, alma en pena o ente de la ultratumba, como quieras llamarlos, estando yo en vida, me amarga la existencia, que sepa que, una vez me haya muerto, dispongo de toda la eternidad para buscarlo y devolverle multiplicado por diez todo lo que a mí me haya hecho en este mundo. Si son inteligentes, esta advertencia debería ser suficiente para persuadirlos y que se alejasen de mí.

-¡Cállate!. No sigas hablando más de ellos -le recriminó Pep visiblemente molesto.

-¡Ves!. Por esa actitud tuya, temerosa y cobarde, siempre serás un blanco fácil para los espectros y, mientras existan tipos tan aprensivos como tú, los espíritus siempre preferirán dejar en paz a los que piensan como yo, ya sabes, no fuese que nos encontrásemos en el Infierno.

Ante los comentarios guasones de Manel, Pep no pronunció palabra, no protestó ni replicó. Ese tema no era de su agrado y prefería desperdiciar la oportunidad de discutir si, con ello, conseguía cortar el hilo de la conversación. Se sentía francamente molesto, sobre todo en situaciones como ésta en las que, alguien dándoselas de listo, se mofaba de sus convicciones más profundas. Cada cual tenía sus creencias, sus miedos y sus dogmas de fe, todos deberíamos ser respetuosos con ellos, por muy extravagantes o chocantes que nos pudiesen parecer desde nuestro punto de vista. ¿Por qué no era siempre así?. ¿Por qué la discriminación del que piensa diferente?.

Las puertas de la capilla se abrieron de *par en par*. La gente salía tras la familia directa del difunto, caminando con paso lento y callado, quedándose finalmente, durante unos minutos más en la antesala: unos conversando, otros despidiéndose de los demás. El murmullo creció por unos breves instantes apagándose, paulatinamente, a la vez que los congregados se iban disipando en diferentes direcciones: unos a sus casas, otros a sus trabajos y los más allegados marchaban, junto al cadáver, al campo santo para rendir el último adiós. En unos minutos, quedaría todo aquel espacio desierto y presto para recibir al grupo de familiares y amigos pertenecientes al próximo difunto a honrar. Normalmente, se programaba como intervalo mínimo de tiempo, un velatorio cada dos horas aproximadamente. Aquello era un negocio y debía rendir como tal, al igual que la maquinaria automatizada de una línea de montaje, la cual, una vez finalizaba el ciclo de

operaciones, quedaba lista para recibir una nueva remesa de material, un nuevo elemento de producción y se repetía otra vez el ciclo de trabajo, idéntico al anterior. En este caso, la situación era la misma, sólo que aquí, los elementos de producción eran el difunto, sus familiares y sus amigos.

Las muchachas se despidieron de Julia, ellas no iban a acompañarla al acto final frente al nicho, este dudoso privilegio se reservaba exclusivamente para la familia más allegada del difunto. Las chicas llegaron entre sollozos, apenadas y cabizbajas hasta el banco apartado donde estaban aguardándolas Manel y Pep. Traían los ojos enrojecidos de llorar, lo pasaron francamente mal, no estuvieron representando una escena teatral. Instintivamente, los cuatro, sin mediar frase alguna, comenzaron a caminar hacia la salida, era un momento demasiado emotivo como para romperlo con el sonido de las palabras. Tampoco era necesario decir nada.

Antes de salir, en la recepción, estaban dispuestos los libros de condolencias para que las visitas firmasen y quedase reflejada de una forma explícita su presencia en el acto. Hicieron un alto y plasmaron sus rúbricas en aquella hoja de papel llena de subdivisiones formando una rejilla de cuadros.

Para Pep, este acto simbólico para dejar constancia de su presencia allí, le provocaba una cierta inquietud espiritual. Firmar dentro del cuadradito, en aquel edificio, teniendo en cuenta el motivo que los había llevado hasta este lugar, le daba la impresión que estaba escribiendo su nombre dentro de un nicho imaginario, como si estuvieses reservando una plaza vacante para ocuparla en el futuro, una idea que le producía escalofríos sólo con permitir que pasara por su mente, necesitaba salir de allí con urgencia.

La curiosidad morbosa e interesada de Manel, le llevó a memorizar el nombre completo del padre de Julia, don José Márquez Sentido.

Salieron a la calle, el sol resplandeciente y omnipotente, les cegó con sus reflejos por un breve instante. El día estaba radiante, a las chicas, les costó acostumbrar sus ojos a la claridad y al exceso de luz después de haber estado llorando durante tanto rato. La suave brisa, la agitación en la calle, el movimiento de las cosas, el bullicio, todo indicaba que la vida continuaba y transcurría inmutable, excepto para los protagonistas de las ceremonias religiosas, que se quedaron descansando para la eternidad en sus lechos de cemento y mármol.

Mientras bajaban las escalinatas, los familiares y amigos madrugadores del próximo difunto, comenzaban a llegar. Otra vida que el destino había segado, otras penas y alegrías bruscamente interrumpidas, otro difunto, otro ciclo de trabajo y explotación en el tanatorio.

3. La investigación

Manel, conociendo el nombre del padre de Julia y con la información adicional que le propinó Pep, pondría en práctica sus habilidades como futuro periodista e, intentaría, averiguar cosas sobre aquel individuo, al fin y al cabo, fue el padre de su amada. Impulsado por su curiosidad innata se marcó este objetivo como algo prioritario.

Por la tarde, al salir de clase, se encaminó hacia los archivos del periódico más relevante de la ciudad. Allí indagó y trató de localizar, en las ediciones de los días pasados, información sobre el suceso, pero no la encontró. El alcance de la tirada de este periódico era a nivel de todo el país, por lo que solía dar mayor protagonismo a las noticias de ámbito nacional. Éste podía ser el motivo por el cual, no hubiese ofrecido cobertura a los temas locales, también cabría otra posibilidad y, ésta era, que no existiese realmente la noticia y que, simplemente, se tratase de meros chismorreos que hubiesen llegado demasiado lejos por efecto del boca y oreja de la gente. En ese punto estribaba el dilema, qué cantidad de verdades o despropósitos existía en todo el asunto. Para salir definitivamente de dudas, se marchó a probar fortuna a la sede de un diario más modesto, pero que tuviese un mayor despliegue e interés cubriendo las noticias locales. Por fortuna, en esta otra publicación encontró un cuarto de columna dedicado al asesinato, aunque realmente no aportaba mucha información a lo que ya conocía, más bien se trataba únicamente de un artículo de relleno, como no queriendo dejar el suceso sin informar, pero sin haber sido documentado ni trabajado a fondo. De una forma escueta, informaba del hallazgo de un cadáver dentro de un vehículo incinerado en un descampado en las afueras de la ciudad. Añadía la sospecha que podía tratarse de un asunto de ajustes de cuentas entre bandas de delincuentes. Todo esto, ya lo sabía Manel, fue más o menos lo que le contó Pep en el tanatorio, al menos, el artículo servía para confirmar la información y, asegurar, que no se trataba de simples rumores o chismes de la gente de la calle, sino que existían unos acontecimientos reales que refrendaban dichas habladurías. Sacó copia del artículo y se marchó hacia su casa, tenía que pasar en limpio los apuntes de inglés y hoy, no podía invertir más tiempo en la investigación.

A la mañana siguiente, presa de nuevo de su inagotable curiosidad y, teniendo en estos momentos verdadera constancia de lo que aconteció, se dirigió a la sede del diario "Los Hechos". Un periódico local de corte sensacionalista, en ocasiones un poco exagerado tal y como caracterizaba su línea básica y política de trabajo. Esta publicación solía presentar los sucesos con todo lujo de detalles aunque, en ocasiones, existía la fundada sospecha por parte de los lectores, que algunas de las historias de sus artículos eran, cuando menos, poco rigurosas por no decir que inventadas o demasiado fantasiosas. De hecho, todo ello iba estrictamente encaminado a dar una mayor relevancia y protagonismo al noticiario aumentando la tirada de ejemplares. Al ritmo frenético con el que se desenvolvía la sociedad con el ajetreo y frenesí de la vida cotidiana, hacía que se produjesen a diario noticias sobre hechos delictivos y extraños o, por lo menos, curiosos. Aún así, con relativa frecuencia, se hacía extremadamente difícil obtener, día a día, el suficiente material como para garantizar el volumen, mínimo

necesario, para completar una edición. Para suplir la ocasional falta de noticias, solían incluir artículos especiales documentando temas poco ortodoxos o de dudosa credibilidad, tales como: historias de ovnis, abducciones, fantasmas y apariciones, fenómenos y seres extraños, etc. Esta práctica habitual en el diario para garantizar el contenido, le restaba credibilidad y rigor a la imagen del periódico.

Manel, se presentó en los archivos documentales de la publicación, con el convencimiento que allí, obtendría lo que andaba buscando. Si alguno de sus profesores de la facultad lo hubiese visto entrar, le recriminaría su acción sermoneándole y reprochándole, por descontado, su actuación, argumentando que para escribir "basura", no hacía falta que perdiese el tiempo durante cinco años estudiando en la facultad de periodismo. Los profesores poseían una aversión manifiesta y enfermiza hacia este tipo de publicaciones y a las revistas del corazón. A menudo, ambas eran objeto de sus ácidas críticas en las disertaciones en las aulas y presentadas, como claros ejemplos de una mala práctica profesional a no seguir; empero, esta prensa tenía una gran salida al mercado y captaba, un cupo más que numeroso de asiduos lectores. No en vano, era el periódico más leído por los viejos jubilados en los parques y jardines, además de, los señores en las barberías y las señoras, en las peluquerías y los salones de belleza.

Buscando en la edición fechada en el día siguiente del crimen, encontró un artículo detallado de lo acaecido. El suceso se destacaba por una pequeña reseña en la portada: "Barbacoa para un ajuste de cuentas", un título de muy mal gusto para referirse frívolamente a la muerte de un ser humano. En el interior, el artículo se extendía toda una página. Existía un error en el nombre del fallecido, aparecía escrito Marqués en lugar de Márquez, pero..., con toda seguridad, se trataba del mismo individuo, no cabía duda, aquella era la información que andaba buscando.

En el texto se explicaba que el muerto era un delincuente habitual y que falleció como consecuencia de tres disparos y más tarde, fue incendiado el cuerpo dentro de un vehículo. El objetivo de esta acción, supuestamente, era el de borrar huellas deladoras que pudiesen haber quedado en el habitáculo y el exterior del automóvil, es por este motivo que las pesquisas de la policía iban encaminadas a cerrar el círculo de sospechosos dentro del entorno delictivo próximo a la víctima. También se referenciaban sus posibles conexiones con las drogas y con la banda de los Trinqueles, vinculados éstos al tráfico internacional de cocaína y amos absolutos de la zona. Se narraba que, posiblemente, el fallecido fuese "una mula", es decir, un peón intermediario en la cadena de suministro que se encargaba de desplazar cantidades de droga entre diferentes ciudades y ubicaciones, haciendo llegar estos cargamentos a los grandes *camellos* para su posterior distribución y consumo.

Manel quedó pensativo tras leer el artículo, no parecía que exagerasen en su exposición. El contenido daba la impresión de ofrecer una visión realista del suceso, no sospechaba que hubiese mucha ficción en todo ello, más bien todo lo contrario, daba la impresión de ser un artículo bastante claro y elaborado con objetividad, evaluando las diferentes causas y dando razonamientos coherentes.

Por otro lado, si esto fuese realmente cierto y no existiendo indicios para ponerlo en duda, quería decir que el padre de Julia fue un tipo muy peligroso. Sospechaba que realmente lo podía haber pasado bastante mal si aquel hombre, cuando estaba vivo, se hubiese enterado que sus intenciones más inconfesables eran salir y cortejar a su niña. Dando por supuesto que lo que publicaba el artículo no era una invención surgida de la imaginación de nadie, con toda seguridad el individuo estaba fichado por la policía en más de una ocasión, éste era un dato interesante a considerar en su investigación.

Paulatinamente iba creciendo en Manel, más y más, su interés por conocer los pormenores de la vida de Julia y de quienes la rodeaban. Era como un círculo vicioso, cuanto más sabía, más ansia por indagar le invadía y más empeño volcaba sobre el asunto.

Hizo copia del artículo y ésta pasó a incorporarse al expediente que estaba confeccionando con la documentación del suceso.

Con la excusa de ser un estudiante de periodismo y tras fingir una admiración empedernida por el articulismo de sucesos, los empleados del archivo le permitieron entrar en la redacción a entrevistarse con el periodista que confeccionó y firmó el reportaje. Lo encontró trabajando en un escritorio lleno de papeles y carpetillas desordenadas. El periodista estaba componiendo en su pantalla un artículo para ése día. Éste trataba sobre un timo en los cajeros automáticos de los bancos, últimamente, muy en boga en la ciudad.

De aquel hombre le llamó la atención su aspecto abandonado y poco cuidado, nunca lo hubiese imaginado con aquella pinta: sucio, viejo, gordo y seboso. Su dermis estaba tensa, brillante, apretada como una gruesa tripa de salchichas frescas recién elaboradas el día de la matanza. En aquel saco de piel, no era posible más carne ni grasa, ni tan siquiera existía emplazamiento posible para una arruga en su rostro. Se apreciaba claramente que el deporte no era *credo de su religión*, sobaban unos cuantos kilos en aquel cuerpo, lo mirases por el costado que lo miraras.

Esta imagen tan patética y mediocre del periodista, rompía la aureola que, había envuelto a la visión idealizada del periodismo de investigación que, poseía Manel en lo más profundo de su mente. Siempre había constituido para él, un ideal a perseguir y alcanzar, algo así como: una persona dinámica, inteligente, astuta, alguien que sale a la calle dispuesta a buscar la noticia allá donde se produjese; sin embargo, la realidad le mostraba que con total seguridad, este periodista, únicamente buscarse la noticia en los teletipos de la redacción o, a lo sumo, en las agencias de noticias y, finalmente, las completase con la información del archivo.

Tener la obligación de rellenar una página en un periódico de tirada diaria, implicaba una ardua labor, requería investigar y documentar un suceso diferente cada jornada, con el agravante de finalizar a tiempo para el cierre de la edición. Es de suponer, que esta responsabilidad proporcionaba una carga de trabajo faraónica y estresante. Sólo podía ayudarle, el poseer un muy buen archivo con documentación concisa, detallada y ordenada de cada uno de los temas criminales, a la vez que, adquirir y conservar unos buenos contactos y relaciones con la policía para que, le proporcionasen esos nimios e insignificantes detalles, esa información especial que hacía que sus artículos, en ocasiones, no tuviesen parangón con los editados por el resto de los redactores de sucesos de los otros periódicos. Como consecuencia de ello, obtenía una imagen de mayor profesionalidad y rigor en la investigación de la noticia, así como calidad en la confección del artículo. Nada de esto, aparecía en los sueños del joven aspirante a periodista, hasta que no llegase a enfrentarse con la viva realidad del trabajo en el día a día, no desaparecería esa aureola romántica que envolvía al periodismo en su paraíso de los ideales.

Manel pronto tuvo la oportunidad de apreciar que, independientemente que aquel individuo hubiese destrozado su imagen sobre los periodistas de sucesos, además de ello, de por sí como persona, aquel hombre era un cúmulo de despropósitos hacia la comunicación y las relaciones humanas: maleducado, estúpido y arrogante. Tras aguantar todo esto y, después de mantener una breve e incómoda conversación *de besugos* con aquel tipo, haciendo derroche de una extremada paciencia y simpatía, en

beneficio de la consecución de la información que andaba buscando. Éste individuo de actitud ufana, no le proporcionó nuevos datos sobre el incidente, se limitó simplemente a contestar de mala gana que, todo lo que sabía, estaba plasmado en el artículo que, era el fruto de un conciso y duro trabajo de investigación. No parecía que estuviese dispuesto a invertir mucho más tiempo atendiendo a aquel muchacho intempestivo, se lo estaba quitando de encima de la forma más desagradable y eficaz posible.

Manel, decepcionado, retornó al archivo, que al fin y al cabo debía ser la fuente de sabiduría del periodista. Dudaba mucho que, aquel gordo cuerpo, se hubiese molestado en mover su grueso y grasiento trasero, saliendo a la calle a recabar la información y el resto de los datos necesarios para la elaboración del artículo. Bajo este convencimiento, decidió trabajar sobre el archivo. Consultó en el ordenador todas las ediciones de los últimos seis meses y extrajo, una copia de cuatro artículos publicados por el periódico que hacían referencia al clan de los Trinqueles. Según se desprendía de la lectura de los mismos, esta organización mafiosa había tenido mucha actividad en los últimos tiempos, al menos, se le atribuían un par de crímenes relacionados con el tráfico de droga. Parecía ser una banda muy peligrosa y sin escrúpulos. Por mucho interés personal que tuviese en Julia, debía ser prudente y vigilar, hasta dónde estaba metiendo las narices. No sería la mejor idea del mundo, buscarse problemas con este grupo de delincuentes. Antes de comenzar un idilio con ella, sería recomendable conocer en detalle los vínculos que ahora pudiese tener Julia con esa gente.

Todo lo que podía averiguar a través de los periódicos, ya lo obtuvo allí, si deseaba conseguir información adicional y completar el expediente, debería recurrir a canales oficiales.

En la universidad localizó a Javier, un amigo de clase. Su hermano mayor trabajaba de oficinista en los archivos de la policía. Él tenía acceso a las fichas y expedientes de todas las personas que eran detenidas en la ciudad. Ésta era una magnífica fuente de información. En alguna ocasión, Javier trajo a la clase, copia de la ficha de algún criminal famoso para mostrársela a los colegas, era increíble la cantidad de cosas de las que te podías enterar a través de estos impresos.

Como era de esperar, Manel lo encontró estudiando, preparando un trabajo académico con la mesa llena de apuntes y anotaciones, este muchacho era trabajador y metódico. Se le podía definir como un ratón de biblioteca más que de campo de batalla. Los temas de investigación documental eran su más fuerte baza. En los trabajos que se presentaban en la universidad, siempre destacaba por lo bien documentados y estructurados que estaban los suyos, por eso, cuando se requería la elaboración de un ejercicio en equipo, todos los grupos se lo disputaban, con él, sólo era necesario leer, imprimir y firmar el documento, el resto ya venía realizado por su parte. El único inconveniente a considerar particularmente en Javier, era su extrema lentitud y ésta, era debida a su obsesión por el perfeccionismo y la minuciosidad, estas mismas cualidades que lo hacían tan valioso en un sentido, lo descartaban para los trabajos de acción rápida. Si algún día llegase a ser periodista, cosa que no ponía en duda Manel, sería imposible que escribiese al ritmo de un artículo diario, esto requería unas técnicas de efectividad y flexibilidad que Javier, por el momento, no poseía, pero seguro que sería perfecto para hacerse cargo de la sección de documentación y archivo.

Manel habló con él y le pidió que le proporcionase una copia de la ficha policial de José Márquez Sentido. Javier quedó un poco extrañado, era la primera vez que su amigo le solicitaba algo así, a qué se podía deber aquel especial interés. Manel más prudente que tonto, le mostró la copia del artículo del periódico en el que se detallaba el suceso del asesinato y del vehículo calcinado. Esta visión, por sí sola, ya fue suficiente aliciente

como para despertar la curiosidad y el ansia investigadora que alimentaba la vena periodística y el instinto de sabueso del muchacho. Por nada en el mundo, Manel contaría a sus compañeros de universidad que, el individuo del cual estaba recabando datos, era el padre de su enamorada y que éste, podría resultar haber sido un mafioso traficante de drogas. Sería lo último que hiciese si no quería ser el blanco de las bromas corrosivas y ácidas de sus compañeros durante una larga temporada.

La semana fue transcurriendo lentamente, Julia había faltado a las dos clases de inglés. Las ausencias eran perfectamente comprensibles por su estado de ánimo. Manel sentía nostalgia y la echaba de menos. Poseía verdadero pánico a que, ésta, abandonase el curso de idiomas, hasta ese día era la única posibilidad que disfrutaba para poder confraternizar con ella. Los fines de semana salían juntos en la pandilla, pero allí se rodeaban de mucha más gente, no era tan fácil en esas circunstancias captar la atención de Julia y su tiempo. Cuando estaban con el grupo, él sólo era un amigo más y ella le dedicaba la misma atención que al resto de los chicos, sin recibir un trato especial.

Intentó contactar con ella llamándola por teléfono a su casa para interesarse por su estado de moral y charlar un poco, pero fue en vano, siempre aparecía la señal de teléfono comunicando, con toda seguridad, la familia lo habría descolgado expresamente para no continuar recibiendo más llamadas de condolencias. En esos días de recogimiento interior, se necesitaba calma y tranquilidad para superar la pérdida del familiar.

En busca de novedades, habló más tarde con Marta y ésta, que visitaba a menudo a Julia en casa, le confirmó sus sospechas más pesimistas, todavía en aquel hogar estaban intentando afrontar emocionalmente el terrible suceso y los ánimos se encontraban por los suelos, especialmente en el caso de la muchacha siendo hija única. Asimismo las circunstancias que rodearon al suceso, no contribuyeron a mejorar la situación, Julia había quedado muy impactada por la forma inusual en que murió su padre.

Manel trató de convencer a Marta que lo que más le convenía a su amiga común, era salir de casa y olvidarse de todo lo que se estaba viviendo entre esas paredes. Debía hacer un paréntesis a las jornadas de duelo y dolor. Ellos, como amigos de ella, no podían permitir que la muchacha acabase presa de las garras de la depresión. A Manel, no le costó mucho esfuerzo granjearse el apoyo de la chica, ella compartía idénticos pensamientos y temores.

Marta, muy perspicazmente, hizo notar a Manel el especial interés que estaba mostrando por Julia y comenzó a bromear con el asunto. A él ya le iba bien esto, le proporcionaba una forma de hacerlo llegar indirectamente a los oídos de Julia, ahorrándose el incómodo trance de pasar por una situación vergonzosa y comprometida junto a la chica, ya que él, en el fondo, sufría de una terrible timidez que le paralizaba en los momentos más críticos y cruciales. Le invadía el pánico cada vez que pensaba que cabía la posibilidad de hacer el ridículo, frente a su amada, declarando su interés hacia ella sin tener la previa seguridad de ser correspondido.

Ahora, en este periodo emocional especialmente bajo propiciado por la pérdida de su padre, podía ser un buen momento para iniciar una relación. Julia estaba necesitada de cariño y de alguien, en quien apoyarse fuera de la familia, lejos de aquel ambiente de dolor y pérdida, esa muleta, bien podría ser él.

Marta se puso en marcha de inmediato, el fin de semana estaba cercano y era imprescindible preparar algo para distraer a su amiga. En primer lugar involucraría a

Julia, haciéndola participe de los preparativos previos, eso la obligaría a moverse y a salir de casa. Asimismo, asignándole este cometido, le proporcionaría indirectamente la oportunidad de saber qué era lo que Julia prefería para distraerse.

Este fin de semana ofrecía dos posibles eventos para el sábado: disfrutar de una jornada de *rafting* al aire libre en plena naturaleza o bien, ir por la noche al concierto de Miguel, un cantautor local muy guapito reivindicador de las libertades de los pueblos, que actuaría por la noche en el Palacio de Deportes de la ciudad. Por cuestiones meramente de escasez de medios económicos de la mayoría de los componentes de la pandilla, las dos opciones, se presentaban incompatibles entre sí, no había dinero suficiente para ambas a la vez, se requería una decisión en firme lo antes posible. Si se optaba finalmente por el concierto, sería necesario sacar las entradas con antelación, no podían esperar hasta la última hora y correr el riesgo de que éstas se agotasen.

4. La elección

Al día siguiente por la tarde, se reunieron algunos miembros de la pandilla en *petit comité* para tomar un refresco y decidir por cual de las dos opciones lúdicas optarían. Para desgracia de Manel, esa jornada tenía que presentar un trabajo en la universidad y era imprescindible su presencia para la exposición y discusión en la clase. Esto, le hacía del todo imposible estar presente en la reunión de la pandilla.

Julia por la mañana, recabó la información necesaria sobre ambas posibilidades. A priori, la que parecía más atractiva y excitante era la del rafting.

Reunidos en una cafetería, se presentaron las dos propuestas, en principio, el objetivo era someter a discusión y votación estas alternativas para la salida del sábado, pero bastó, tan sólo, una palabra de Julia inclinándose por el rafting para que todos la secundasen. No obstante, con esta elección se presentaba algún problema con los coches, ya que de momento, eran siete personas para ir y no podían anticipar, con certeza, si dispondrían el sábado de los dos automóviles necesarios para el desplazamiento al enclave en mitad de la montaña. Aún contando con este inconveniente, todos aceptaron esta opción por unanimidad.

Bueno..., existía una salvedad, Manolo, que aunque no tenía mucho carisma ni influencia dentro del grupo, era una de las pocas personas que disponía de automóvil para ese día. Según él relató allí mismo, el motivo por el cual no le seducía la propuesta era porque, hace un par de años, realizó su primer y único descenso haciendo rafting por unos rápidos en aguas bravas. El monitor, en aquella ocasión, llegó tarde y, con la premura de tiempo, no explicó a los participantes de la travesía las nociones mínimas básicas para evitar los accidentes fortuitos durante el trayecto. Como era de esperar y debida a la inexperiencia de los integrantes del grupo, la cosa se complicó: tras pasar unos remansos tranquilos carentes de peligros, enfilaron por un tramo despejado y muy pendiente que imprimió velocidad a la embarcación. En uno de los recodos siguientes, el palista que iba al lado opuesto de Manolo, puso el remo a media altura para parar el golpe contra la pared y evitar, con ello, que chocase la embarcación de lado con las escarpadas rocas. ¡Craso error!. El impacto contra la dura piedra fue tal, que tiró al palista hacia el lado escapándosele el remo de las manos, saliendo disparado y golpeando la empuñadura directamente contra el rostro de Manolo, volteándolo y tirándolo de la embarcación. Al caer al agua estrepitosamente, se desorientó pasándolo francamente mal, tanto por el aturdimiento con el que cayó al río tras el impacto, como por el hecho de estar totalmente asustado y confuso, boca abajo, con el rostro sumergido en el agua, viéndose arrastrado por la corriente sin posibilidad alguna de nadar, luchando desesperadamente por girar sobre sí mismo y mantener la cabeza mirando hacia el cielo, con la nariz y la boca fuera en la superficie, a la vez que, temiendo por ser capturado por algún remolino o, golpeado por una afilada roca o, quizás, chocar contra una de las paredes verticales que flanqueaban el cauce del río. El agua en aquel enclave era especialmente brava y agitada, al menos así fue como él lo vivió, aunque luego, los compañeros de embarcación, no estuviesen del todo de acuerdo con su apreciación, tachándolo de exagerado y de cobardica. En definitiva,

aquella fue para él una experiencia angustiosa e indescriptible, situándolo al límite de su desesperación. Tras haber vivido este episodio, sufre de pánico hacia las aguas bravas y los ríos caudalosos. A todo esto, además, hay que añadir el bochorno vergonzoso que sufrió cuando el monitor, tuvo que tirarse expresamente al agua para rescatarlo, acercándolo y subiéndolo de nuevo a la embarcación. Hasta las chicas fueron capaces de incorporarse solas cuando cayeron al río, sólo ayudadas por los demás en el tirón final para voltear dentro de la embarcación, todos pudieron menos él. ¡Qué humillación pasó!. El resto del tiempo que duró la travesía, permaneció preocupado, obsesionado por no caer de nuevo repitiendo la angustia y el ridículo sufridos. Continuó como pudo hasta el final del trayecto, bien seguro, amarrado y sujeto a la embarcación. El miedo, convirtió la espléndida navegación en una larga y eterna agonía hasta llegar, finalmente, al embarcadero sano y salvo. Hoy en día, cada vez que piensa en un río no puede, cuando menos, que recordar y revivir en su mente la vergüenza y la desesperación vividas en ésta, para él, atroz experiencia.

Después de intentar durante unos minutos entre todos hacerle cambiar de parecer, a duras penas y haciéndose un poco de rogar, convencieron a Manolo para que fuese a la excursión, mejor dicho, no consiguieron mucho más que eso, hicieron que simplemente transigiera en su obstinada negativa. Su automóvil era imprescindible para el viaje, aunque con toda seguridad, una vez en el destino él no montaría en ninguna embarcación, se limitaría a contemplarlos desde la orilla en los tramos donde el trayecto lo permitiese, no le daría la oportunidad al destino para que se repitiese de nuevo el desagradable episodio acuático de su pasado.

La elección del rafting por parte del grupo era nefasta para Manel, ese fin de semana estaba obligado a estudiar y, si bien hubiese existido la posibilidad de asistir por la noche al concierto, era del todo imposible sacar tiempo para disponer del sábado libre e ir a la excursión del río.

Julia disfrutó de la compañía de los colegas de la pandilla el resto de la tarde. Fue una estupenda terapia de distracción que le permitió, por unas horas, soslayar la situación de pesadumbre que le invadía. Se sentía vivir de nuevo, todos le dieron una estupenda acogida y la arroparon, estuvieron muy pendientes de ella durante toda la jornada, siendo el centro de atención del grupo. Se mostraba muy animada y pletórica de vitalidad.

Llegó a su casa justo a la hora de la cena. Allí estaba sentado en la mesa Jaime, que era el compañero de andaduras de su padre y amigo íntimo de la familia desde hacía muchos años. Julia lo recordaba desde que tenía uso de razón siendo todavía una cría, lo trataba igual que si fuese un tío carnal, de hecho, carecía de ellos. Desde el preciso momento en el que se conoció la noticia del fallecimiento de su padre, él apareció inmediatamente en escena para hacerse cargo de los papeleos y la burocracia a fin de, ayudar y dar apoyo emocional a su madre en tan penoso trance. A partir de entonces, su presencia se convirtió en algo constante en el hogar. Convivía con ella y su madre en la casa, ocupaba la habitación de los invitados.

Durante la cena, Julia dejó caer la noticia:

-Mamá, mañana necesitaría que me despertases temprano, por ejemplo, cuando tú te levantes. Pasaré todo el día con mis amigos de la pandilla, nos vamos a la montaña; además, necesitaría unos sesenta euros para este fin de semana.

-En una excursión campestre no se gasta mucho dinero. ¿Qué vas a comprar con tantos euros?.

-Nada, mañana vamos a ir toda la pandilla a la Sierra Moteada para hacer rafting y el dinero que te pido es para esto, para la gasolina, para comer y para todas esas cosas.

-¡Qué nombres más raros les ponéis a las cosas!. ¿Qué es eso del rafting?

-Rafting es navegar por un río en una lancha de goma con más gente, vas remando y es muy divertido porque te caes al agua y todo eso.

-Suena a algo muy peligroso -dijo con recelo la madre.

-¡Qué vá!. ¡No es peligroso!. Hay un monitor en cada lancha, él es el que lleva el timón y guía la embarcación. Llevas puesto un casco y un chaleco salvavidas por si te caes -explicaba la muchacha a su madre que no estaba muy puesta al día de las modernas formas de ocio.

-Hija, no quisiera que te ocurriese alguna desgracia. No lo podría soportar. ¡Bastantes desgracias tenemos ya!.

-No me va a pasar nada mamá -argumentó Julia condescendentemente.

-A mí no me hace gracia que vayas a eso, allí tan lejos, lo veo muy arriesgado y los jóvenes no pensáis en los peligros que esconden las cosas. Vosotros siempre vais a la vuestra y no os dais cuenta de lo que puede pasar hasta que ocurre lo peor. Yo no te doy permiso para ir a un sitio así.

-No tiene nada de malo, hay mucha gente que practica estas actividades y nos les pasa nada. ¿Por qué me debería pasar a mí?. Además, al resto de la gente les dejan sus padres. ¿Por qué tú no?.

Jaime escuchaba la conversación entre ellas, sus ojos iban de una a otra, no decía palabra, no era un tema en el que él tuviese que intervenir, era algo entre madre e hija.

-No me importa lo que hagan los demás -dijo la madre con sequedad-. Yo no quiero que vayas y no irás. Ya está dicho todo. ¡No se hable más! -sentenció finalmente-. Te parece bonito irte ya por ahí a divertirte con tus amigos. ¿Es ése el respeto que le guardas a tu padre? -añadió como coletilla a modo de reproche.

-Esto no tiene que ver con él, seguro que a papá no le gustaría que nos quedásemos encerradas en casa llorando su pérdida. ¿Qué pasa?. Porque tú estés amargada, nos tenemos que fastidiar los demás.

-¿Cómo te atreves a hablarle así a tu madre? -intervino Jaime-. Si fueses mi hija... ¡Ya te habrías enterado tú de lo que es bueno!.

-¿Qué hubieses hecho tú?. ¡Eh!. ¡Pegarme!. ¿Es eso todo lo que sabes hacer?. ¡Pegar a las mujeres!.

-Eres una descarada. Vete a tu cuarto -ordenó enojada la madre.

-No me da la gana que venga este tío a casa a hacer el papel de papaito, ¿qué será lo siguiente, lo tendré que llamar papá?.

¡Plasss!. La madre montada en cólera le propinó a Julia una fuerte y sonora bofetada. La chica se incorporó enérgicamente de la mesa pegando un manotazo sobre la misma, con la boca pequeña y los labios apretados, intentando contener la rabia explosiva que emanaba de su interior. Sin decir palabra, comenzó a caminar enérgicamente y se encerró en su cuarto dando un fuerte portazo.

La muchacha en su soledad, se lanzó encima de la cama y mantuvo la cara apretada contra la almohada en busca de consuelo. Permaneció en silencio llorando de pura rabia por el orgullo herido más que, por el daño físico insignificante ocasionado por la bofetada en la cara. Ahora, una total oscuridad reinaba envolviendo esta soledad. El rencor afloraba fácilmente apoyado en la indignación. La oportunidad parecía esfumarse zambulléndola en rabia incontrolable. Verse encerrada, reclusa, aparentando luto sólo para guardar las formas, la llenaba más aún de pena e incompreensión.

El resto de la noche continuó encerrada en el cuarto. Tardó mucho rato en dormirse, no dejaba de darle vueltas al tema. Su furia juvenil la abrasaba por dentro, se sentía totalmente incomprendida. No entendía el por qué, su madre, daba pie a Jaime para tener opinión en aquella casa.

A la mañana siguiente, cuando se superó en unos minutos la hora convenida para el encuentro de los integrantes de la excursión y, no habiendo aparecido todavía Julia, Marta llamó por teléfono a la casa de ella, le extrañaba mucho que no llegase a tiempo a la cita, todo el grupo estaba esperándola. Julia, sin tener conciencia de lo que ocurría, continuaba durmiendo tras haber conciliado el sueño bastante tarde la noche anterior. Su madre no quiso despertarla a primera hora de la mañana cuando ella se levantó, tal y como le había sugerido su hija, ni tampoco lo hizo cuando llamó Marta por teléfono. La madre habló con la amiga y excusó a Julia alegando que todavía estaba acostada, que no se encontraba del todo bien y no iría a la excursión porque le convenía descansar.

Marta recibió la noticia con evidente fastidio y resignación, al fin y al cabo, la iniciativa nació de la idea de animar a su amiga. ¿Cómo se atrevía ahora a traicionar de esta forma a todos?. ¡Qué se apañe si no quería venir!. Este desplante no se le hacía a los amigos que tanto se preocuparon por su bienestar. Con este inesperado plantón, decepcionaría a los colegas y perdería muchos puntos dentro de la pandilla. ¡Venga!. ¡Todos en marcha hacia la aventura!. ¡Ella se lo perdía!.

Julia despertó por sí misma más tarde, sin tener conocimiento de la hora que era, pero poseía el claro convencimiento que se le había pasado la ocasión de marchar hacia su destino en las montañas. No existía posibilidad de dar alcance al grupo, la oportunidad se esfumó con el transcurrir del tiempo. No haberla despertado temprano fue una acción premeditada que demostraba la intransigencia y la firmeza de la decisión tomada por su madre. Con toda seguridad, el sonido del teléfono que escuchó en "entre sueños", fue una llamada de sus colegas reclamando su presencia para partir.

Enojada y siendo consciente que no solucionaría nada enfrentándose a su madre, desayuno sin dar ni siquiera los buenos días. Su madre, en un par de intentos trató de entablar conversación con ella, pero Julia contestó con evasivas y monosílabos. Por supuesto, en ningún momento se hizo referencia al tema de la excursión. ¡Mejor no hablar!. Cualquier cosa que saliese de sus labios llevaría al enfrentamiento entre madre e hija, sería más prudente eludir cualquier intento de diálogo. En una lucha verbal con su madre, siempre llevaría las de perder.

Julia tomó los bártulos de estudio y se encerró en su cuarto para ponerse al día de las clases que perdió durante la última semana, por lo menos, intentaría que la jornada fuese provechosa.

La muchacha no rompió su encierro voluntario en toda la mañana, únicamente salió del cuarto para comer y, allí, estaba Jaime de nuevo, ya parecía que no se fuese a ir nunca de la casa. Por la expresión del rostro de aquel energúmeno, se diría que estaba disfrutando comprobando que la muchacha era castigada por su insolencia. Jaime había cambiado mucho desde que estaba en la casa, ¿dónde había quedado el hombre cariñoso que ella conocía?.

Durante la comida, ella continuó obstinada en demostrar su enfado ante su madre mediante la parquedad de sus palabras. A Jaime, ni se molestaba en mirarle ni en hablarle, no era su padre y por lo tanto no le debía ni respeto ni consideración, estaba allí porque ayudaba a su madre a superar la situación, eso no quería decir que ella

aceptase de buena gana su prolongada presencia en el hogar. Es más, todo lo contrario, deseaba que las cosas entre Jaime y ella volviesen a ser como antes sin que estuviese su madre de por medio.

Nada más terminar de comer, tomó sus apuntes y se marchó, no deseaba permanecer en la vivienda más tiempo del estrictamente necesario.

Antes de marchar, informó a su madre que estaría toda la tarde estudiando en la biblioteca, tenía algunos ejercicios que necesitaba documentar y no poseía suficiente información en los libros de casa. Ésta fue la excusa perfecta para evitar pasar toda la tarde encerrada viendo la televisión, aguantando la mirada sarcástica y cínica de Jaime. La madre, con tal de no ver la cara de disgusto a su hija, aceptó de buen grado la propuesta de que saliese de casa siempre y cuando fuese para estudiar.

Julia cargada de apuntes, se encaminó hacia su destino, allí encontraría el sosiego y la tranquilidad necesaria para apagar el rescoldo del enfado que todavía ardía dentro de su cabeza.

Manel llevaba toda la mañana enterrado entre libros de texto. Tras una pausa para comer, volvería de nuevo a la labor. El día estaba reservado para dedicarlo íntegramente al estudio. Consiguió adelantar bastante trabajo, pasando a limpio los apuntes a la vez que aprovechaba para ir estudiándolos y completándolos al mismo tiempo.

Quedó con Javier a la hora de comer en una cafetería cercana para tomar un bocadillo junto con un refresco y que, por supuesto, serían pagados por Manel, debido a que Javier le entregaría hoy la copia de la ficha que le pidió en días pasados.

Cuando llegó al lugar de la cita, le estaba esperando su amigo tomando una cerveza y leyendo ávidamente el documento policial:

-Hola Manel, te has retrasado un poco.

-Qué hay Javier. Sí, es cierto, culpa mía. Estaba tomando unos apuntes en la *biblio* y cuando me he querido dar cuenta ya era tarde.

-No te preocupes, mientras venías, he estado leyendo la ficha que me pediste. ¡Menudo personaje!. Éste tenía hecha una buena carrera delictiva desde hacía muchos años.

-¡Ah síiii! -exclamó Manel con sorpresa e interés-. Cuéntame, cuéntame.

-Estaba involucrado en cosas de drogas. Se le había detenido en varias ocasiones por tenencia ilícita de estupefacientes, cantidades pequeñas, insignificancias, nunca con un volumen suficiente como para poderlo meter entre rejas por los cargos de venta o tráfico.

-Entonces... ¿Nunca estuvo en la cárcel?.

-Sí, sólo una vez, de joven lo encarcelaron por robo y asalto a mano armada con intimidación, pero fue una condena mínima que duró poco tiempo, no llegó al año de prisión. Después, comenzó a trabajar para los Trinqueles y a partir de aquí, sólo se le acusó de delitos menores, asuntos sin importancia.

-Por lo visto aprendió la lección en la cárcel.

-No creo que fuese allí donde cambiase. En mi opinión, esa gente de los Trinqueles lo tiene todo muy bien controlado, con buenos abogados y contactos. Antes de que alguien sea detenido o que se vaya a producir una escaramuza o aprehensión de droga, ellos ya lo saben. ¡Poderoso señor don Dinero que todo lo puede! -exclamó Javier con gestos teatrales.

-¿Eso crees? -preguntó Manel un poco asombrado por la afirmación rotunda de su amigo.

-¡Claro que sí!. La droga mueve mucha *pasta*. El dinero abre todas las puertas. Yo tengo la firme sospecha que cuando la policía incauta un alijo, es siempre llegando a un acuerdo con estas organizaciones mafiosas, hay demasiadas cosas en juego como para que no fuese así. Ellos tienen informadores en todos los estamentos y organismos. ¡Nunca los pillaras desprevenidos!. Si se consigue detener a alguien, es porque se trata de carnaza que ellos ponen a disposición para los que los sabuesos de la policía, puedan cubrir expediente y tranquilizar los ánimos de la opinión pública. Y si alguien molesta demasiado, ya sabes, lo envían de *un plumazo al otro barrio* y en paz.

-Por muy listos que sean, siempre hay alguien que tiene *las pelotas* de jugársela.

-No te equivoques, eso no funciona como tú lo estás pensando. Para que te hagas una idea clara de cómo trabaja esta gente, te voy a explicar alguna cosilla sobre ellos: nunca van solos, cuando alguien entra en la organización le asignan una pareja, es decir, un acompañante perpetuo. A partir de ese instante, ambos siempre van juntos para apoyarse y para vigilarse mutuamente, actúan al mismo tiempo para no dejar de controlarse, sin interrupción alguna. Su destino como pareja es indivisible, como si fuesen hermanos siameses unidos carnalmente por invisibles tendones y nervios, la vida de uno depende de la del otro. Así, si uno de ellos se vuelve estúpido, el otro se encargará de reconducir la situación, son como las parejas de la policía, pero en la versión delincuente. De esta forma unos controlan a los otros y es imposible para la policía introducir un topo dentro de la organización, sin que éste sea descubierto.

-¡Ostras!. ¡Sí que sabes tú sobre esta gente!.

-No es la primera vez que he tenido contacto con ellos, en una ocasión en el pasado, hice un trabajo sobre ellos.

-¿Me podrías pasar copia?. ¡Quisiera leerlo!.

-Sí, no hay inconveniente, pero creo que no viene al caso, yo estudié a los Trinquales para exponer la relación entre las vías de entrada de droga y las antiguas redes de contrabando de tabaco de los pueblos costeros del litoral. En principio, no tiene nada que ver con lo que le ha pasado a este hombre.

-Si fuese cierto todo lo que cuentas..., hay algo que no me termina de cuadrar..., a este individuo se lo cargaron estando sólo.

-¡Vete a saber!. Esas cosas pasan y hasta pudiera ser que hubiese sido su propio compañero cumpliendo órdenes de la organización.

-¿Dice ahí algo de eso? –preguntó Manel intentando anticiparse a la lectura del contenido de la ficha.

-No, esto sólo es una ficha del individuo, la información de los casos está en expedientes en otro archivo y, a ése, no tiene acceso mi hermano.

Manel comenzó a dar vueltas en su cabeza sobre la posibilidad a la que apuntaba su amigo, era posible que verdaderamente hubiese sido el compañero del padre de Julia quien lo ejecutase. En estos momentos, era la persona que más le preocupaba, en el fondo era una amenaza en potencia. ¿Quién sería aquel individuo?. ¿Por qué se *cepillaron* a su compañero?. ¿Fue él su verdugo?

-¿Tú crees que sería posible saber quien era el compañero del muerto?.

-Sí, no hay problema está en el papel, se llama Jaime Pérez Quitanero.

-Sería bueno que tuviésemos esa ficha también, ¿no crees? –dejó caer Manel.

-¿Bueno?. ¿Para quién? –preguntó escéptico Javier-. Esto sería muy costoso. Mi hermano no accederá de buena gana hasta dentro de una temporada, tiene miedo que un día de estos lo enganchen, últimamente está muy vigilada la cosa. No creo que esa ficha aportase mucha más información adicional a lo que ya sabes, sobre todo porque,

en primer lugar, lo importante es conocer el móvil del asesinato y ésa será la información que te llevará al asesino.

-Sí, es posible que tengas razón, pero..., no estaría mal disponer de la ficha aunque sólo fuese para ver que cara tenía -insistió Manel en un último intento por convencer a Javier.

-Conseguir copia de las fichas policiales no es tarea sencilla. Como podrás imaginar no está exenta de riesgo. ¿Por qué tienes tanto interés en el tema?.

-Es algo personal -contestó Manel secamente.

Tras recapacitar por unos instantes en silencio, añadió:

-Déjalo, llevas razón, cada vez se complica más el tema, cuanto más profundo metes las narices más te hundes en el cieno y peor huele.

-¿Cómo de personal es la cosa? -preguntó Javier lleno de curiosidad, había quedado definitivamente claro que no se trataba de un trabajo escolar.

-No..., nada.... No te preocupes, es sólo una tontería, dejemos el tema.

Con esta frase Manel dio por zanjada la conversación. Tomó la ficha de las manos de su amigo y la guardó en el portafolio de apuntes. De una forma disimulada, como el que ha perdido el interés en algo, pasó a continuación a hablar de otras cosas. Javier ante la actitud de su amigo, apaciguó su curiosidad por lo que no continuó indagando, era evidente la falta de interés de Manel para continuar explicándole más cosas, creyó conveniente no proseguir insistiendo, el asunto parecía muy personal y definitivamente cerrado.

5. El descubrimiento

Manel después de ingerir algo ligero en compañía de Javier, retornó solo a la biblioteca. El día ya estaba desperdiciado para el ocio, en su lugar, intentaría sacarle el mayor provecho posible adelantando los estudios. Era sábado por la tarde y reinaba la tranquilidad allí, no existía aglomeración ni barullo, condiciones ideales para concentrarse.

Realizó un rápido y fugaz vistazo a la ficha policial, ésta no aportaba más información de su interés, Javier prácticamente se lo había explicado todo. Leyó sin aliciente, sin esperar sorpresas, tal vez, lo más aprovechable fuese la foto del delincuente, aunque al ser una fotocopia, la calidad dejaba mucho que desear, proporcionándole una borrosa imagen del rostro del individuo. Sólo pudo adquirir por medio de ella, una vaga y difusa idea de las facciones del rostro del padre de Julia.

Tomó un libro de Política Internacional y comenzó a documentarse para un arduo y aburrido trabajo sobre la influencia del Colonialismo y del Socialismo en los países del sureste del continente africano. Algo que se decía muy pronto, pero que requería unas cuantas horas de paciente lectura, en tomos gruesos y aburridos.

De repente una voz conocida le sobresaltó:

-Hola Manel. ¡Qué sorpresa!

El muchacho se echó para atrás por lo repentino del sonido de unas palabras tan cerca de sus oídos. Sorprendido y medio aturdido por el inesperado encuentro, miraba atontado a Julia, como si fuese un muñeco inanimado del museo de cera, incapaz de reaccionar o de realizar movimiento alguno. Tardó un par de segundos en balbucir un torpe saludo.

-Hoo...la.

-Creo que te he sobresaltado un poco –sonrió la muchacha viendo lo perplejo y petrificado que quedó Manel ante su presencia.

Él continuaba embobado contemplando la visión de la chica, era la última persona que hubiese imaginado que iba a encontrar allí.

Guapa como siempre, radiaba belleza, estaba extremadamente preciosa mirándole con aquellos ojos verdes claros, lindos y expresivos que tanto le encandilaban, ¡cómo no quedar prendado ante tan gratificante imagen!

-¡Eh!. Soy yo –bromeaba Julia moviendo la palma de la mano delante del rostro de Manel en un intento por sacarlo de su encantamiento.

-¡Qué sorpresa!, tú aquí -consiguió al final contestar Manel-. Pero... ¿Tú no ibas hoy a la excursión para hacer rafting?. ¿Qué ha pasado, se ha anulado?.

-No, no ha sido eso. Esta mañana no me encontraba bien, ya sabes, una de esas veces que no te sientes fina, aunque no te duele nada en concreto, por eso he preferido al final no ir -comentó Julia sin gana alguna de relatar la realidad de lo acontecido.

-Pues ha sido una verdadera lástima que te perdieras esa salida con el grupo. Te encuentras bien ahora, ¿no? –preguntaba Manel con preocupación.

El muchacho presuponía que debía de haber sido algo muy grave para no ir a la excursión. Él recordaba que fue ella quien lo organizó todo, no le cabía en la cabeza

que al final no hubiese ido. Tal vez, estuviese en esos días particulares de las mujeres y no quisiese mojarse. Era una explicación circunstancial, pero cabría la posibilidad.

Por un instante, ante lo inexplicable de la situación, el muchacho dejó volar su imaginación... ¿No sería él el verdadero e inconfesable motivo por el cual Julia no fue a las montañas?. Sería increíblemente maravilloso que no hubiese marchado por él. Inmediatamente una voz resonó dentro de su cabeza:

-“¡Eh!. ¡Romeo enamorado!. ¡Baja de la higuera!. Ella no se encuentra aquí por ti, recapacita, no le dijiste a nadie que vendrías a la biblioteca a estudiar, sólo comentaste a Marta que tenías trabajos pendientes que hacer y, como consecuencia de ello, no ibas a la excursión. ¡No ves que se trata de una simple y afortunada casualidad!. Y si no te quitas de encima esa expresión de bobo idiotizado que refleja tu cara y le proporcionas pronto una conversación amena e inteligente, la chica se te va a marchar por aburrido y soso. ¡Tonto!. ¡Despierta!. ¡Reacciona ya!”

Manel sacudió la cabeza con un leve gesto haciendo salir de ella a aquella voz interior, no sin antes haber tomado buena nota de lo que le aleccionaba.

-¡De cualquier forma es una alegría verte! -prosiguió Manel hablando-. ¿Has venido a recuperar el inglés?.

-No, he venido para hacer ejercicios de clase. El latín se me están atravesando un poco, pero ahora que lo mencionas... ¿Habéis avanzado mucho en *inglís*?. Últimamente yo ya iba un poco justa y algo perdida en las clases, tengo miedo de haberme quedado muy descolgada.

-Pues la verdad es que hemos hecho unos ejercicios interesantes, son de esas cosillas que tienes que estar atento y no despistarse, porque si no se tienen claras, luego se arrastran durante mucho tiempo –explicó Manel añadiendo a propósito toda la carga de dificultad e importancia que podía para, de una forma indirecta, crear en Julia la necesidad de intentar recuperar con él las clases que se ausentó.

-Ya entiendo... ¿Tú me podrías proporcionar los apuntes?.

-Bueno..., la verdad es que para eso soy muy desorganizado y no los tengo todavía pasados en limpio.

-¿Cuándo los tendrás?. Lo digo para que me pasases una copia pronto.

-En estos momentos, créeme que me gustaría complacerte, pero como puedes apreciar por los tochos que tengo encima de la mesa, el inglés es la materia que menos me quita el sueño.

Manel intentaba dramatizar y forzar la situación para que ella se viese en la obligación de estudiar en su compañía y que, comprendiese que, no era suficiente con proporcionarle una copia de los apuntes para que ella los repasase sola por su cuenta.

-Si para ti supone un problema, déjalo. No le des más vueltas -añadió Julia disculpándolo-, ya se los pediré a alguien de la clase que no vaya tan saturado de trabajo.

-Aunque no tenga los apuntes pasados en limpio, eso no significa que no te pueda ayudar, podríamos quedar si quieres en tu casa o en la mía durante esta semana y, en un par de tardes, te lo explico todo y así aprovecho para refrescarlo yo también –propuso Manel viendo como se le estaba esfumando una estupenda oportunidad de compartir el tiempo con su amada.

-No, déjalo, de veras, otra vez será -Julia ya había descartado la ayuda-. De todas formas gracias. Vigíleme un instante las cosas que voy a las estanterías a buscar los libros que necesito.

-De acuerdo, no te preocupes.

Manel tuvo que aceptar a desgana y con resignación, la decisión final de la chica rechazando su compañía para repasar inglés, no podía hacer otra cosa por hacer cambiar de opinión a su amada, al menos, él lo intentó aunque, tal vez, hubiese sido mejor ser más flexible.

Julia se dirigió a la zona de las estanterías de Lenguas Muertas, Manel aprovechó que ésta le daba la espalda para girarse a contemplar su andar sinuoso de cintura contoneante, caminando con la misma gracia con la que se mueven los grandes felinos cuando disimuladamente, como el que no quiere hacerse notar, se aproximan con la mirada despistada a su presa antes de su mortífero ataque final. Este movimiento producido al andar, formaba parte del encanto natural e innato en la muchacha, no era nada forzado ni aprendido, ella caminaba de esta forma. ¡Dios!. Le encantaba aquella chica y hoy, estaba realmente preciosa, habían desaparecido de su rostro las oscuras ojeras que durante la jornada del funeral entristecían su semblante. Con tantos días sin verla, apenas si se acordaba de lo guapa que era.

Cuando la perdió de vista entre las estanterías de libros, centró la atención en sus papeles y al levantar un par de ellos, apareció inesperadamente la copia de la ficha criminal que le dio Javier. ¡Oh!. ¡Qué inoportuno!. ¡Qué tremendo despiste!. Suerte que la había visto a tiempo antes que Julia la descubriese accidentalmente. Hubiese sido nefasto que ella la encontrase, no existían palabras en el mundo que pudiesen explicar a la chica como llegó aquel papel hasta él. ¡Qué descuido más garrafal!. Se giró para cerciorarse que Julia no estaba viniendo de regreso. Tomó el papel y con unos movimientos rápidos entre sus dedos, lo dobló varias veces, para al final, esconderlo en un pequeño bolsillo interior del portafolios. Una vez finalizada la operación, suspiró profundamente con alivio, allí la ficha se encontraba a buen recaudo, no sería vista por nadie. No se podía ir por el mundo siendo tan terriblemente descuidado, algún día se metería en un lío gordo por alguna tontería como ésta. ¡Cuándo aprendería!.

Al poco, llegó Julia con dos libros de latín en la mano, lástima que fuese esa materia, precisamente no era de las fuertes de Manel. Esa asignatura la aprobó en el curso pasado por los pelos y ya fue suficiente, no la necesitaba más en la carrera. Independientemente que a él no le gustase para nada, no alcanzaba a comprender por qué un periodista debía saber y entender idiomas que ya no se usaban, para eso ya estaban los estudiosos y los arqueólogos, los periodistas debían saber de actualidad, letras y escritura. Horas y horas de pérdida de tiempo invertidas en asignaturas que jamás llegaría a darles un uso práctico y efectivo, conocimiento desaprovechado, conocimiento abandonado al destierro del olvido.

-Como ves, mis temas no parecen más divertidos que los tuyos –bromeó Julia depositando los libros sobre la mesa y apreciando la mirada de aversión que dirigía Manel a los tomos de latín.

-Si opinas que la Política Internacional es más entretenida, afortunada tú por pensar así, para mí no deja de ser un *palo*, al igual que lo fueron el año pasado esos libros que acabas de traer.

-Pero tú ya la tienes aprobada, eso ya es mucho, yo todavía tengo que superarla y la verdad no tengo muchas esperanzas de conseguirlo. Sin embargo, comparto tu desagrado por el latín. Nunca ha sido una amapola de mi jardín.

-Ya comenzamos a tener cosas en común. Vamos por buen camino –comentó Jaime alegremente.

-Por buen camino, ¿de qué? –preguntó Julia extrañada por la frase dicha fuera de contexto.

-No..., nada..., era una tontería –añadió el muchacho apreciando, que se había ido de la lengua con extrema rapidez metiendo la pata hasta el fondo.

Tras este desafortunado e inoportuno comentario de Manel, ambos jóvenes se pusieron a la labor de estudiar. Continuaron trabajando en silencio y sin más interrupciones en sus respectivas tareas.

Al rato de estar en plena actividad, Julia con cara de preocupación, comenzó a mover los papeles de forma nerviosa, buscaba una hoja de ejercicios, pero no la encontró, definitivamente se la había dejado en casa, posiblemente, encima de su escritorio. ¡Menudo fastidio!. Ante este contratiempo y estando su hogar cercano, casi a tiro de piedra, decidió ir en buscar de los ejercicios y de camino, tomaría los apuntes de clase que también se le habían olvidado. No obstante, ello le iba a tomar su tiempo, pero ya se sabe, lo expresa bien claro el dicho: “quien no tiene cabeza para acordarse de las cosas, debe tener pies para enmendar los olvidos”.

-Manel -interrumpió bruscamente la muchacha-, me he dejado unas hojas en casa, debería volver a tomarlas, sólo tardaré unos veinte minutos o media hora. ¿Te importaría vigilarme las cosas hasta entonces?.

-No, que va, vete tranquila, yo no me voy a mover de la mesa, tengo demasiado trabajo aquí.

La muchacha se incorporó y se dirigió hacia su destino sin pérdida de tiempo. Caminaba con paso rápido, preguntándose dónde dejó los ejercicios olvidados, llevando a cabo un verdadero esfuerzo memorístico para determinar si se quedaron en la carpeta o en el cajón o en el libro o.... ¡Pufff!. ¡Vete tú a saber dónde los dejó!.

Llegó a la vivienda y abrió la puerta, un silencio absoluto la envolvió. Nadie estaba en el salón viendo la televisión, posiblemente, habrían aprovechado su ausencia para echarse la siesta. Se encaminó por el estrecho pasillo intentando hacer la menor cantidad de ruido posible para no molestar a nadie. Fue directa al cuarto de estudio, en la carpeta roja y verde, allí, allí era donde se encontraba la dichosa hoja de ejercicios, abrió cajón del escritorio y extrajo los apuntes, lo tenía por fin todo, ya se podía marchar.

Al pasar por delante de la puerta del cuarto de sus padres, oyó una especie de gemido, un sonido impreciso, algo difuso y distorsionado, algo sin determinar claramente y que parecía que provenía del interior. Por un instante permaneció completamente inmóvil en espera a que se repitiese, tratando de localizar y asegurarse de la fuente de procedencia del sonido, cabría la posibilidad que el origen fuese el dormitorio.

Al segundo, volvió a escucharse más gemidos y sonidos extraños, sí, sí, efectivamente provenían del cuarto, no había lugar a dudas. ¿Qué estaba ocurriendo allí?, se preguntó Julia. Abrió la puerta despacio, con cautela, con todo el sigilo que pudo.

No podía creer lo que estaba viendo, quedó petrificada, quería huir, gritar, no estar allí, pero sus pies estaban paralizados como claveteados en el suelo. Era totalmente incapaz de salir de su asombro, sus ojos le estaban mintiendo, no era posible aquello. Un estremecimiento le invadió y una ola de frío le recorrió como un relámpago la columna vertebral, obligándole a sacudir de un espasmo los hombros y la cabeza en un acto reflejo. Aquella escena era irreal, sólo podía ser fruto de su enajenada imaginación, en verdad, no estaba ocurriendo, parpadeó perpleja y volvió a mirar de nuevo.

Sí, era cierto, Jaime, ¡aquel cerdo asqueroso!. Aquel que se hacía pasar por el mejor amigo de su padre, en esos momentos yacía tumbado boca arriba en la cama jadeando mientras su madre, la abatida viuda, de espaldas a ella, lo cabalgaba agitándose con frenesí en un momento de lujuria, acompañándole en sus gemidos con ritmo

acompañado, aliviándose de esta forma sus pasiones internas y sus penas. Sí, sí, aquella desconsolada mujer, aquella mujer que lloraba gimoteando con tanto sentimiento en el entierro, aquella que, tan fácilmente, ensuciaba la honra de su padre. ¿Qué hizo con los recuerdos de su amado esposo?. ¿Dónde quedó el respeto a los muertos?. Y Jaime..., se estaba comportando como el pedazo de cerdo que era.

Ante esta horripilante visión, Julia quedó dubitativa por unos instantes, qué hacer se preguntaba; irrumpir estrepitosamente estropeándoles la fiesta montando un espectáculo, golpearles e insultarles hasta que desfogase su furia interior o, callar asumiendo con cinismo e hipocresía que todos somos humanos marchándose como si nada hubiese ocurrido, comprendiendo y aceptando, haciendo valer el dicho de “El muerto al hoyo y el vivo al bollo”. ¡Difícil elección!. Finalmente, optó por tragar bilis y salir de allí como si no hubiese presenciado nada.

Incrédula ante la realidad que le mostraron sus ojos, decepcionada, cabizbaja, en silencio, sin dar cabida a otros pensamientos que no fuesen aquellos que le producían pesadumbre en su mente, tristemente compungida, se retiró sigilosamente, en silencio, tal y como había entrado, generando menos ruido, si cabe, que cuando abrió la puerta. Los fogosos amantes no se percataron de la fantasmal visita de Julia a la vivienda; sin embargo, ella nunca podría borrar de su mente tan grotesca visión. La vida estaba llena de egoísmos y el ser humano era el exponente por excelencia de dicha característica dentro del reino animal. Cualquier perro, en su inhumano entender, se habría mostrado más fiel a la memoria de su amo, que lo que se mostró su madre al recuerdo de su esposo recién sepultado. La rabia causada por la impotencia de asimilar la situación crecía y crecía en su interior: rabia por no poder encontrar la fuerza necesaria para perdonar a su madre por la ofensa a la memoria de su padre; rabia por no haber tenido el suficiente valor como para interrumpir la cópula; rabia por haberlo descubierto; rabia por todo lo que le rodeaba. De Jaime todo era de esperar, era un hombre y, a veces, éstos, se comportan ilógicamente, pero su madre..., era otra cosa, jamás lo hubiese esperado de ella.

No valía la pena luchar por aquello que se daba por perdido. En esos momentos, no sentía el menor respeto por su madre, por aquella mujer que la crió y que, hasta el día de hoy, le sirvió de referente como el rayo de luz de un faro que guía en la oscuridad de la negra noche a los barcos en busca de la costa. Se sentía defraudada a la vez que engañada por aquella pareja.

¡Dios mío!. En un par de semanas se produjo un cambio radical en su vida, de estar en un hogar aparentemente estable y feliz, pasó a encontrarse totalmente sola, desamparada, con un hogar desmembrado por la pérdida del padre y la anulación voluntaria de la autoridad maternal. Sin nada ni nadie a quien aferrarse, nadie a quien acudir en los malos momentos, nadie a quien contar las cosas que le preocupaban, alguien que guiase y le aconsejase. ¿Qué iba a ser de ella sin nada de esto?. ¿Cómo afrontaría sola, sin ayuda, los avatares de la vida?

Absorta en estos pensamientos, caminó despacio hacia la biblioteca. Andaba sin sentir, con la vista perdida en puntos muy lejanos. Chocó con un par de transeúntes que se giraron y se le quedaron mirando, sin protestar, como adivinando por su rostro que algo estaba aturdiendo a la muchacha. Ella ni siquiera se percató de los encontronazos con los viandantes, su infierno iba por dentro.

Julia en su lento caminar, llegó a la biblioteca y al vislumbrar a Manel le cambió el talante. En esos instantes, le aliviaba encontrar a una persona amiga, aún cuando conocía de antemano que él estaba allí esperándola. Por supuesto, no le iba a contar

nada de lo recién descubierto en su hogar, no era de su incumbencia. No obstante, aprovecharía su compañía para compartir la tarde.

-¡Ya estás de vuelta! –comentó Manel sorprendido por la celeridad de la muchacha-. Si acabas de irte.

-Es que no me he entretenido en casa –se justificaba Julia.

-¿Has encontrado lo que buscabas?.

-Sí, estaba donde yo creía. Por cierto, durante el camino he estado pensando sobre tu ofrecimiento para estudiar inglés, ¿qué te parece si lo hacemos a lo largo de la semana que viene en tu casa por las tardes?.

-¡Me parece estupendo! -exclamó Manel plétórico de entusiasmo y sorpresa-, pero si te causa un problema lo podemos hacer en la tuya, yo no tengo inconveniente en desplazarme –propuso sin salir todavía de su asombro.

-No, ya está bien de esta forma, así salgo de la mía. Últimamente el ambiente en mi hogar está un poco cargado, lúgubre y tristorro. Cuanto menos tiempo esté por allí, tanto mejor. Ya me entiendes.

-Entonces..., ¿cuándo quedamos?.

-Yo había pensado que mejor nos viésemos en las tardes que no tenemos clases de inglés, así disponemos de todo el tiempo para la recuperación -propuso Julia con buen criterio.

-Por mi parte, está bien. Nos vemos el lunes a las siete de la tarde. Déjame que te escriba la dirección.

Manel no podía creer lo que estaba oyendo; hacía menos de una hora que la chica lo había rechazado totalmente, sin saber ni como ni por qué, a su vuelta, cuando él ya había perdido toda esperanza, repentinamente, ella cambiaba de opinión y era ella misma quien le proponía estudiar juntos. No se podía esperar tener más suerte para un solo día.

Julia más calmada, se sentó y se puso a trabajar en sus ejercicios. Pasaron aproximadamente tres horas estudiando juntos, sin perder el tiempo en conversaciones superfluas, descansaron en varias ocasiones, pero desacompañados, si uno salía fuera a respirar un poco de aire, el otro, permanecía dentro de la biblioteca vigilando las cosas. No es que robasen muy a menudo allí dentro, pero si se evitaba tentar a los amigos de lo ajeno, tanto mejor.

Terminaron de estudiar y Manel acompañó a Julia hasta la puerta de su casa. Desde que abandonaron la biblioteca, ella no paraba de hablarle, él escuchaba con atención todo lo que la muchacha le contaba, parecía que ella disfrutase con su compañía. Estuvieron durante un buen rato hablando en la puerta, daba la sensación que ella estaba tan a gusto en su compañía que no quisiese entrar en la vivienda. Para Manel aquello era maravilloso, la culminación de sus más inconfesables deseos e ilusiones. Finalmente llegó el momento de la despedida. Él en sus sueños había imaginado, una y otra vez, el primer encuentro a solas con la muchacha y, siempre, en el instante de la despedida, el adiós quedaba sellado con un profundo y cálido beso. La cruda realidad era bastante menos romántica y más vulgar. La despedida sólo fue acompañada por un solitario gesto de la mano alzándola al aire y agitándola suavemente. No se podía esperar más, además, no se le podía denominar a aquello una cita, ya que no fue premeditada ni acordada, más bien, había sido un encuentro casual. En cualquier caso, para Manel, fue un feliz y maravilloso encuentro. ¡Qué dura era la vida del amante no correspondido!

6. El hallazgo

Julia se despidió de Manel y seguidamente entró en la vivienda. Nada más abrir la puerta, cambió su semblante tornándose serio y malhumorado, cruzó el umbral como mula en cuadra sin detenerse, yendo directa a su cuarto sin decir palabra. Su madre y Jaime al contemplar la irracional acción de la muchacha, se lanzaron una mirada furtiva y sonrieron al comprobar que Julia continuaba en su terca y obcecada actitud de enfado y desafío.

Ella siguió encerrada en su cuarto, estaba turbada a la vez que crispada por los acontecimientos de la tarde, cómo actuar en lo sucesivo, cómo se iba a sentar y comer en la misma mesa que aquellos adúlteros. No podría mirar a los ojos a su madre y ser capaz de reprimir las inmensas ganas de reprocharle su conducta inmoral. De Jaime, mejor no hablar, sus sentimientos hacia él eran de total desprecio por haberla defraudado de aquella forma.

El desafortunado y lamentable descubrimiento había marcado inesperadamente un hito en su vida. Para Julia, significó cruzar de golpe la línea de la madurez. La realidad la trató con toda la crudeza con la que se podía presentar, sin tapujos, sin remilgos. Dejó de ser una chiquilla despreocupada que vivía sólo pendiente de sus caprichos y de espaldas a lo real, para iniciar una nueva etapa más adulta, madura, reflexiva y solitaria. Era el momento de ir pensando en independizarse y valerse por sí misma. El caparazón de la protección familiar había sido roto y el polluelo, no debía continuar por mucho más tiempo en el nido, debía aprender a volar.

Reflexionando sobre sus expectativas de futuro, llegó a la conclusión que una condición indispensable para garantizar que la independencia perdurase, era conseguir un trabajo remunerado, una fuente de ingresos que cubriese su propia manutención y los gastos. Cuando el lunes volviese a la universidad, miraría en el tablón de anuncios en busca de un trabajo temporal por horas y un piso a compartir con otros estudiantes. Además, incluiría sus propios anuncios, todo era bueno con tal de conseguir el soporte necesario para abandonar el hogar familiar lo antes posible.

En casa no daría a conocer la noticia de su emancipación hasta que no fuese algo totalmente inminente; de hoy para mañana, así no encontraría impedimentos ni estaría presionada por nadie, ya se encontraba lo suficientemente enrarecido el ambiente como para cargarlo más aún.

Esta idea flotando con aire fantasmal vagaba en su mente e hizo que le cambiase el humor, que se revitalizase, ahora se veía capaz de afrontar lo que fuera. Se autojustificaba diciéndose que para hipocresía y cinismo, los de ella, ya no era relevante que su madre y Jaime tuviesen un secreto, ella poseía otro y éste todavía no había sido desvelado por nadie, aquí residía su fuerza, en su desconocimiento por parte de cualquiera.

Mantuvo su encierro voluntario durante un rato más aprovechando la quietud de su soledad y saboreando, anticipadamente, esa libertad que le podría acarrear su independencia. Una vez disipadas las nubes de fantasía y volviendo de nuevo a lo terrenal, comenzó a elaborar los anuncios de “Busco trabajo temporal” y “Busco

vivienda compartida”, escribiendo su número de teléfono y repetiéndolo en cada uno de los flecos cortados, listos para ser arrancados por los interesados.

Más tarde, cenó en la mesa junto a su madre y a Jaime. Ya no se sentía enojada, no le importaba lo que hiciesen o dejarasen de hacer aquella pareja. Era una persona nueva, como la oruga que tras convertirse en crisálida, renacía de nuevo en forma de mariposa. Ella como persona adulta, había tomado su primera y significativa decisión sobre su destino, llegando al pleno convencimiento de la necesidad de iniciar su propia vida independiente y hasta que esto ocurriese, iba a tratar de vivir lo mejor posible a costa de ellos, en previsión de la más que probable escasez y alguna que otra penuria a las que se podía ver sometida al inicio de su aventura, alejada de la protección y la seguridad de la familia.

Cuando la muchacha se retiró a descansar, los amantes comenzaron a conversar confidencialmente:

-¿Crees que la niña sospecha algo de lo nuestro? -preguntó la madre con preocupación-. La he visto muy rara.

-No lo creo, ésta es como su padre, no se entera de nada -opinó Jaime no dando al asunto más importancia de la que a su entender poseía.

-Pienso que mi marido comenzaba a sospechar algo, él siempre me hablaba de cambiar de vida y que todo nos iba a ir mejor lejos de aquí. Siempre mencionaba que nos fuéramos a vivir a otra ciudad y todo eso

-A mí también me había comentado algo sobre los planes de iniciar otra vida, pero desde luego, nunca dijo que se fuese a llevar a su esposa con él, más bien todo lo contrario, recuerdo que solía decir que: ..."cuando las *gallinas* se acercaban a los cincuenta no sirven ni para hacer caldo, entonces es el momento de cambiarlas por dos de veinticinco y, esas, ya te duran hasta que te meten en el hoyo"... Claro que tú no eres una gallina, pero en unos años, estarás cerca de los cincuenta.

-Qué gracioso eres -añadió la mujer con sarcasmo, Jaime no pudo reprimir una sonrisa maliciosa- En alguna ocasión me dijo lo mismo, pero yo siempre le replicaba diciendo que: ..."yo no necesitaba dos gallos de veinticinco, que con uno solo ya me sobraba, porque veinticinco entra más veces en cincuenta que cincuenta en veinticinco"...

-La verdad es que tu marido fue, durante toda su maldita existencia, un ignorante y un muerto de hambre. Al igual que sus anteriores locas ideas, intentar robar a la Organización no era nada sensato, fue la mayor estupidez de toda su vida. ¡Obtuvo la muerte que se merecía!. Además, después de todo lo que hice por él, si llego a descuidarme me arrastra al cementerio con él.

-No hables así, ya sé que era un desgraciado, pero al fin y al cabo, era mi marido y tu mejor amigo.

-Sería tu marido nena..., pero bien que te venías a consolar a mi cama. Para eso no tenías tantos remilgos -Jaime dijo esto propinándole una palmadita cariñosa en los glúteos, la mujer dio un respingo.

-¡Estate quieto! -le regañó-. Lo nuestro era diferente, era cosa aparte, yo podría engañar a mi marido, pero nunca le desearía nada malo, era el padre de Julia y fue un buen padre.

-¡Un buen padre!. ¡Vamos!. ¡No me hagas reír! -añadió Jaime con cinismo-. Ya no te acuerdas cuando se pasaba las noches en brazos de las putas que se encontraba en mitad de la calle, gastándose todo lo que llevaba en los bolsillos en beneficiarse por ahí lo que tenía en casa. Ya no te acuerdas cuando venía borracho y te tenías que meter en el lavabo cerrando la puerta con el cerrojo, porque si te veía antes de acostarse te

pegaba una paliza por cualquier tontería. O lo que me hizo a mí. ¡Eh!. ¿Qué dices a eso?.

-Eso no estuvo nada bien.

-¡Qué no estuvo bien!. ¡Claro que no!. Ahora yo podía estar *fritito* junto con él. Cuando se enteraron que él tomó la nieve, por poco si me *cepillan* a mí también por no haberle *olido* a tiempo y haberle quitado de la cabeza la idea, evitando que lo hiciese. Menos mal que yo hacía tiempo que lo venía sospechando y ya les había avisado, en un par de ocasiones, que existía la posibilidad que desapareciese algo el día menos esperado. Tu marido era un maldito cabrón que *jodía* a todo el que pillaba, pero luego resultaba ser un cobarde y los problemas se los cargaba a los demás.

-No les tenías que haber dicho a esa gente nada.

-¡Qué no!. Imagina por un segundo, si eres capaz de hacerlo, que él se hubiese marchado definitivamente con la nieve y no lo hubiesen cazado, me habrían liquidado a mí en primer lugar por conocer sus planes y no haberles dicho nada o por no haberme enterado de que estaba tramando algo. Para la Organización el motivo *les importa un comino* y para el caso da igual. Después, me hubiese seguido él a la tumba, porque no existe agujero en la tierra donde esconderse y sentirse a salvo de esa gentuza. Cuando uno comete una estupidez tan grande como robarles a ellos, no hay marcha atrás, es como chivarse a la policía, una vez lo has hecho, estás marcado y sentenciado a pena de muerte, da completamente igual lo que hagas y dónde te escondas. Esas cosas no se pueden hacer por que sí. Lo entiendes ¿no?. No me gustaría que pensases que yo vendí a tu marido, no, yo me salvé y son cosas muy diferentes. ¡No se debe criticar a la ligera sin conocer bien lo que ha pasado!.

En este momento, Jaime forzó con una pausa el silencio invitando a la mujer a la reflexión y al análisis de lo que él acababa de decir.

-Hablando de cosas a la ligera..., ¿cuándo le piensas decir algo de lo nuestro a la niña?.

-Déjala en paz, todavía es pronto y no quiero que se fuercen las cosas -aclaró la mujer.

-Pronto se preguntará que hago todavía aquí.

-Cuando llegue ese momento ya se lo contaremos.

-Estoy harto de dormir en el cuarto de los invitados, de verte a escondidas, de estar pendiente de si la niña nos va a ver o no -mientras decía esto, Jaime rodeaba con los brazos a la mujer en un cariñoso abrazo.

-Tiene que ser así por ahora, cuando pregunte..., ya le explicaremos. Concédele tiempo al tiempo, todo se andará.

Jaime estaba dispuesto a esperar todo el tiempo del mundo, más bien su oculta intención era la contraria, no quería que Julia se enterase que estaba liado con su madre, al menos por el momento.

Por la mañana, Julia tomó los anuncios e hizo varias fotocopias y, a continuación, se dispuso a repartirlas en los tablones de la universidad. Los paneles estaban llenos, apenas si existían huecos libres, toda la superficie de corcho se encontraba tapizada de cuartillas de papeles de colores con diversos contenidos, iban desde la venta de motocicletas hasta las clases de repaso, una gran abanico de cosas sobre las que elegir. Se acercaban las vacaciones de Semana Santa y la gente estaba buscando, desesperadamente, un trabajito temporal o alguna otra alternativa para ganar un dinerillo durante los días festivos.

Absorta en sus pensamientos, no se percató que, desde que cruzó por las calles cercanas a su casa, más concretamente, desde que atravesó el parque ajardinado de las inmediaciones, alguien que conocía su paso por esta ruta tomada a diario por Julia para ir a la universidad, alguien que aparentemente estaba leyendo apaciblemente respaldado en un banco, comenzó a seguirla desde la distancia, sin dejar que la muchacha percibiese su presencia, sin aproximarse a ella, pero sin perderla de vista, manteniendo una distancia más que prudencial respecto a su posición relativa.

Aquella figura furtiva, la contemplaba con mirada fija, siguiendo con sus pupilas su caminar por la acera, sin quedar al descubierto en ningún momento, cambiando de un lado a otro de la calle, pasando desapercibida, mezclándose entre la gente gracias a sus movimientos cautos y prudentes, como los de un francotirador moviéndose en campo abierto, oculto por sus ropajes de camuflaje, en busca de una mejor posición de disparo para obtener un blanco limpio y certero sólo que en este caso, el objetivo era Julia.

Manel estaba nervioso, hoy era el día, había terminado las clases antes de hora para llegar pronto a casa y arreglar decentemente su cuarto. Esta mañana al levantarse y echar un vistazo a su alrededor se percató que si bien aquella era su habitación y siempre había estado así con las cosas tiradas por medio, estorbando. Hoy era un día demasiado especial y singular, por primera vez, Julia iría allí. La habitación parecía que hubiese sido pateada por una manada de bisontes en plena y arrolladora desbandada, esto había que cambiarlo antes de que llegase por la tarde Julia. No quería causarle una mala impresión con el desorden y la imagen desaliñada de su cubil.

Durante la comida, explicó a su madre el motivo de su repentino interés por la limpieza, éste no pilló de sorpresa a la mujer puesto que ella, comenzó a sospechar alguna cosa desde muy temprano, sólo observando las actividades del muchacho desde que llegó de la universidad, ya fue indicio suficiente como para sospechar que algo se traía entre manos.

Desde un principio, ella intuyó el posible motivo, confirmándose sobre todo cuando su hijo le preguntó por el pulverizador del ambientador; entonces, ya no cabía ningún tipo de duda. ¡Ambientador en el cuarto de Manel!, era una prueba irrefutable que había invitado a una amiga muy especial. Esa inesperada vocación por la limpieza tan inusual, tan inesperada como impropia de Manel, lo delató. A una madre nunca se le escapan estos detalles, no en vano conocía a su hijo como si lo hubiese parido y nunca mejor dicho el dicho Por lo que recordaba ella, era la primera vez que su hijo invitaba a una chica en solitario a su casa.

La curiosidad maternal hizo inmediatamente aparición. Deseaba ver como era aquella muchacha que había conseguido encandilar a su hijito hasta el punto de llevarlo a ordenar y limpiar su cuarto.

Como cualquier madre, le gustaría someter a un interrogatorio en toda regla a aquella intrusa que venía a perturbar a su vástago en su propio hogar, pero Manel no le permitiría ningún tipo de interferencia así pues, se tendría que conformar con un escueto "Hola" y un examen visual de arriba abajo para analizar su apariencia, todo esto realizado sólo durante los escasos segundos que Manel tardase en reaccionar y llevarse a la chica consigo a su cuarto, apartándola de la exigente y examinadora mirada de su madre.

Pero como dice la sabiduría popular: ... "Más sabe el diablo por viejo que por diablo" ..., ella poseía su propio plan: a media tarde, cuando llevasen un rato estudiando, les podría interrumpir llevando unas pastitas y un café con leche para merendar, ése sería

un momento propicio para intentar obtener información de la muchacha o, al menos, contemplarla de cerca con detenimiento. Con esta maniobra sería muy difícil que Manel consiguiese quitarla de en medio. La mujer se reía a solas, imaginándose la cara de estupor que pondría su hijo cuando la viese irrumpir en su cuarto con las pastas. Sería algo divertido. A ver como se escapaba de esa y se libraba de su presencia.

Al cabo de un rato, alguien llamó a la puerta, Manel que había permanecido atento durante la espera, se precipitó corriendo a abrir, no quería que se le anticipase su madre. Allí plantada, de pie frente a la puerta, estaba Julia, guapa y radiante como siempre. A los ojos de los demás seguramente, parecería una chiquita guapita y algo resultona, pero vista a través de los ojos enamorados del muchacho, era divina, era la musa de sus sueños.

La madre al escuchar sonar el timbre no tuvo apenas tiempo de reaccionar, asomó levemente la cabeza desde la cocina y sólo pudo dar un fugaz vistazo a la chica, Manel no se paró ni a hacer la presentaciones, ¡qué descortés!, penso su madre, inmediatamente condujo a la chica a su habitación y cerró la puerta para que nadie molestase.

A Julia le asombró lo recogida y ordenada que estaba la habitación de Manel. Unos comentarios sobre lo *guapos* que eran los pósters que tenía pinchados en las paredes, fueron suficientes estímulo como para que el muchacho, se tranquilizara y tomara confianza en sí mismo. Comenzaron a estudiar juntos y compenetrados, estando sus cabezas tan próximas, que era imposible que Manel no percibiese el olor que desprendían los cabellos y la piel de la muchacha. Olía a limpio con una suave fragancia a jabón de lavanda, de los que se usaban antaño. Una enorme e incontenible pasión despertaba en su interior, a cada roce accidental e inocente de Julia, a cada mirada, a cada gesto, él se turbaba por un instante casi imperceptible. No era posible que aquello estuviese ocurriendo, era un feliz espejismo, como un sueño convertido en realidad por arte de magia. Por suerte, la muchacha no se percataba del efecto que estaba causando en Manel lo que, en cierto modo, le aliviaba y le aportaba una remesa extra de valentía al muchacho para continuar siendo un poquito osado y echarle valor al asunto.

De repente, sonaron unos golpecitos en la puerta del cuarto y sin esperar respuesta la puerta se abrió apareciendo la cabeza de la madre de Manel:

-Hola, siento interrumpir, ¿podrías salir un momento Manel?.

El muchacho con fastidio mal disimulado y haciendo gestos de incomodidad, salió al pasillo con cara de poco amigos. ¿Qué diablos querría ahora *la pesada* de su madre?, en buen momento vino a venir, pensó contrariado.

-Manel, necesito que vayas a la tienda y traigas una caja de pastas de té surtidas.

-¿Tiene que ser ahora? -preguntó con inquietud.

-¿Cuándo quieres que sea?. Las pastas son para tu invitada.

-Mamá, no seas antigua, esas cosas ya no se hacen -argumentó tratando de librarse de tener que salir a comprar.

-Mientras ésta sea mi casa, a los invitados se les trata como Dios manda, así que deja de protestar porque no te va a servir de nada, cuanto más rato estés aquí parado pensándotelo más tiempo tardarás en volver con esa chica, tú mismo, ya puedes ir yendo a comprar las pastas -ordenó la madre con autoridad.

Manel con resignación filial acató la orden. Por un momento volvió a la habitación e informó a Julia que regresaría en cinco minutos, sólo era cuestión de ir a comprar una

cosa aquí al lado y enseguida volvía. Manel se justificaba de esta forma, por el momentáneo abandono del que iba a ser objeto la chica.

Julia aceptó la interrupción sin reparos, terminó lo que estaba haciendo y se quedó un poco estancada, no podía proseguir hasta que Manel volviese. Para ir haciendo pasar el tiempo, se puso a curiosear por las estanterías. Tomó una novela que había por allí, se llamaba "Recuerdos Difusos", qué raro pensó, no se imaginaba a Manel leyendo cosas de corte romántico, tal y como ella lo veía, él no era de ese tipo de chicos. La observó entre sus manos sin interés y sin la intención de leer, sólo lo hizo con el propósito de hacer algo mientras el tiempo transcurría. Un grupo de carpetillas apiladas destacaba sobre la mesa llamando su atención, eran de esas que tienen una lengüeta que sobresale indicando el contenido. Las miró y pudo leer "Política", "Organización", "Historia del Periodismo", "Julia"... ¿Julia?... ¿Qué hace mi nombre aquí?, se preguntó. Llevada por un irresistible impulso de curiosidad, tomó la carpetilla y la abrió para examinar su contenido. En un rápido primer vistazo, pudo ver una copia de los artículos periodísticos que hablaban de la muerte de su padre. Ella nunca había imaginado que el suceso pudiese haber interesado a nadie, menos aún, que fuese objeto artículos en la prensa. En cualquier caso, ¿qué hacía Manel con aquellas copias de los artículos?. Continuó mirando los papeles y encontró la ficha policial de su padre. Un sofocón le vino de golpe, parecía que alguien hubiese soplado sus venas desde dentro y obligado a la sangre a llegar hasta su cabeza alcanzando sus mejillas. La sorpresa producida por el hallazgo fue mayúscula. Se sentía acalorada, todo era demasiado extraño e incomprensible para ella, no sabría describir el sentimiento que en ese momento la envolvía: sorpresa, estupor, enfado, curiosidad, miedo a saber, tal vez, no se pudiese definir con una sola palabra y fuesen necesarias todas a la vez.

Sin pérdida de tiempo, comenzó a leer y a devorar ávidamente el contenido de la ficha policial. Deprisa, sin pausas, apenas si reparando en los detalles, quería que le diese tiempo a medio leer algunos de los artículos que explicaban el fallecimiento de su padre. Le invadía el ansia por saber la verdad de lo sucedido, esa verdad que hasta este momento permanecía vedada y mediatizada en boca de su madre. Ojalá se retrasase un poco Manel, ella necesitaba tiempo, necesitaba respuestas, conocer que había ocurrido en palabras procedentes de terceras personas que no le ocultasen la realidad de quién fue y qué sucedió con su padre.

Al cabo de unos ocho o diez minutos, que para Julia transcurrieron en un suspiro, se escuchó el golpe al cerrar la puerta de la entrada de la vivienda. Rápidamente Julia dejó la carpetilla entre las demás insertándola en mitad de la pila y para disimular, no se le ocurrió otra cosa que tomar el ejemplar de la novela de amor entre sus manos, adoptando una postura como si estuviese leyéndola. Al instante entró Manel, venía acalorado, sudando y con la respiración entrecortada. Había realizado el encargo lo más rápidamente que pudo para regresar lo antes posible junto con su amada.

Julia continuaba ligeramente sofocada y alterada por el descubrimiento, una fina capa de sudor comenzaba a perlar su frente, todavía seguía excitada por la información leída en los últimos minutos, sus mejillas se mantenían sonrojadas y ella, las sentía despidiendo y radiando un calor intenso como si hubiese permanecido unas horas expuestas al sol en una jornada de playa sin protección solar.

-Ya estoy aquí, he ido lo más rápido posible -dijo el muchacho enorgulleciéndose por lo breve de su ausencia y por la celeridad demostrada.

-Ya veo que has tardado muy poco tiempo.

-¿No te habrás aburrido? -inmediatamente Manel lanzó una mirada nerviosa e instintiva al montón de carpetillas, sólo para asegurarse que, por un lamentable

descuido, la carpetilla comprometedora, la roja, no fuese la primera de la pila quedando al alcance de la curiosidad de la muchacha. Hubiese sido una terrible metedura de pata. Para su tranquilidad y alivio, la carpetilla azul era la primera.

-No, no me he aburrido, he estado mirando esta novela. ¿Desde cuándo los chicos leen novelas de amor? –preguntó Julia, intentando disimular mostrando el libro a Manel.

-¡Eeeehh!. No te equivoques conmigo -automáticamente reaccionó el muchacho salvaguardando su imagen de "machote". Leer cosas del corazón, desde su punto de vista varonil, era cosas de blandengues-, no es una historia de amor -prosiguió con su alegato-, es de intriga. Trata de un tío que lo acusan de un delito, lo llevan a juicio y hasta el final de la novela no se sabe si es inocente o culpable y si lo van a llevar a la cárcel de nuevo o no. Ahora me encuentro leyendo el desenlace final, cada página lía más las cosas y se vuelve más intrigante. Estoy *enganchado* a ella.

-Parece interesante.

-No está mal, pero a mí me gustan las cosas más duras, más sangrientas -comentó el muchacho, complaciéndose de ello.

-Lástima, por un momento pensé que eras una persona sensible.

-Y lo soy, pero no en las cosas que leo, la sensibilidad la llevo conmigo en mi corazón. La lectura es para divertirme y pasar un buen rato, a mí me gusta leer sobre temas macabros, violentos, con un poco de sangre y destrucción para darle algo de color.

La muchacha hizo una mueca de rechazo y desaprobación.

En ese momento, justo al acabar de formular la frase, Manel hubiese deseado que la tierra se lo tragase, la frasecita fatídica fue de lo más desafortunada posible, hablar de cosas sanguinolentas a una chica cuyo padre acaba de ser asesinado era algo más que inapropiado. ¿En qué demonios estaría él pensando para cometer semejante imbecilidad?. ¿Cómo iba a solucionar aquello?.

Para romper el tenso momento de quietud y silencio, Manel decidió abrir la ventana del cuarto y cambiar bruscamente de tema de conversación.

-¿Te importa si abro la ventana?. Hace calor, estoy sudando a chorros -se excusó.

-Sí, mejor ábrela -coincidió Julia, la cual todavía no había conseguido deshacerse del acaloramiento que le generó el descubrimiento del macabro contenido de la carpetilla.

Ambos volvieron a la labor de estudiar aunque a Julia, le invadió unas terribles ganas de marcharse, ya no se sentía cómoda con tantas incógnitas en su cabeza, era imposible en estas condiciones centrarse en el inglés, no dejaba de pensar en un por qué, en una explicación para que aquella información hubiese caído en las manos de Manel. Nada tenía sentido, no tenía la cabeza despejada para analizar y asimilar estos embrollos. Una profunda jaqueca se estaba iniciando en sus sienes atenazándola, no permitiéndole pensar con claridad.

Manel también se encontraba desconcentrado al igual que la muchacha, pero por diferentes motivos. Estaba verdaderamente encandilado, en varias ocasiones estuvo tentado de acariciar el cabello de Julia y a punto de besar su rostro. La veía irresistiblemente atractiva y, a esta distancia, teniéndola tan cerca, mucho más. Las únicas barreras entre ambos eran su timidez enfermiza y unos centímetros de aire, pero sólo la primera de ellas constituía un impedimento.

Mientras Julia leía o escribía, él se quedaba contemplándola fijamente y era entonces, cuando su imaginación, empezaba a generar ideas locas y desenfrenadas que hacían que su corazón latiese a cien. No entendía como la muchacha no era capaz de

escucharlo, él creía que otra persona que estuviese próxima a ellos, hasta podía ver como saltaba su corazón debajo de la camisa a cada latido.

7. La cita

Sonó el timbre de la puerta principal, la madre fue a abrir con paso cansino, Manel ni se molestó en levantarse de la silla, todo lo que le interesaba en ese preciso instante estaba junto a él, para qué iba a moverse de su paraíso particular.

Unos golpecitos menudos y secos sonaron en la puerta de la habitación. Seguidamente, sin esperar respuesta, se abrió. Por la abertura hizo aparición la cabeza de Javier el cual, de una enérgica zancada y sin previo permiso, se introdujo inevitablemente en el cuarto irrumpiendo y quebrando la magia del idílico mundo de Manel.

-Hola Manel. Tengo aquello que me pediste el sábado. Ayer hablé con mi hermano y terminé convenciéndolo para que me hiciese el favor. Esta mañana me ha hecho una copia de la ficha de Jaime -informó adelantando una mano tendiéndole una hoja de papel a su amigo.

Julia, al escuchar lo dicho por el muchacho, levantó una ceja con escepticismo. ¿Se trataría de otra ficha policial?. ¿A qué estaban jugando aquellos dos?. La muchacha comenzó a adoptar un aire disimulado y quedó muy atenta a lo que se estaba cocinando allí, parecía que podía ser de su máximo interés.

Manel quedó momentáneamente paralizado durante unas décimas de segundos, el susto provocado por la repentina e inoportuna aparición de Javier le dejó con el semblante blanco y frío, como la cumbre de una montaña de nevada. La inesperada visita y la imprevista entrega del papel, no formaba parte de su agenda, pero su capacidad de reacción inmediatamente se puso en marcha. Se levantó de un salto como si hubiese tenido un muelle en el trasero que lo catapultase, por los aires, desde su asiento. En un rápido movimiento, arrancó la hoja de papel de las manos de su amigo y la dobló por la mitad ocultando velozmente el contenido, sin tan siquiera pararse a echarle un vistazo.

-¿No vas a leerla? -le preguntó Javier con impaciencia y ansiedad mal disimulada en espera de ser recompensado por la celeridad con que había conseguido la información. Deseaba conocer cuál era el motivo que hizo que Manel estuviese tan interesado en aquel asunto del asesinato en el descampado. Ahora quedaba a la espera de una explicación, se la había ganado a pulso después de todo el esfuerzo y empeño que había puesto en ello.

-No, ahora no, ¿no ves que estoy ocupado? -se justificó Manel con claros síntomas de nerviosismo mal disimulados.

Javier dedicó una rápida mirada a Julia que permanecía sentada expectante y pendiente de los acontecimientos. La verdad es que desde que Javier entró en la habitación, apenas si se había percatado que Julia se encontraba allí, estaba mucho más pendiente de lo que le dijese Manel.

No obstante, tras contemplar por unos momentos a la muchacha, comenzaba a entender a su amigo y el por qué de estar tan ocupado en otros menesteres, a todas luces, mucho más gratificantes que el asunto que él le traía.

Sin embargo, Javier quedó algo decepcionado por el desinterés y por el poco caso que le estaba prestando su amigo a él y al papel, le costó mucho esfuerzo convencer a su hermano para que le hiciese, otro favor, en tan corto periodo de tiempo.

-Bueno, ya que no nos presentan, lo haré yo mismo, me llamo Javier ¿y tú?.

-Hola, yo soy Julia, una amiga de Manel.

-Encantado de conocerte -contestó Javier muy galantemente.

-Sí, seguro que estás encantado de conocerla y lo sientes mucho, porque tienes prisa por marcharte. Dile adiós, porque te vas ya -añadió Manel tomando a su amigo por los hombros conduciéndolo, casi empujándolo, hacia la salida de la vivienda.

A Javier apenas si le dio tiempo de decir adiós a la muchacha. Antes que se diese cuenta estaba fuera de la habitación. Una vez allí vino el obligado interrogatorio.

-¿Quién es esa tía tan *buenorra*? ¡Qué callado lo tenías!.

-No es lo que te imaginas, sólo se trata de una amiga.

-Si sólo es una amiga... ¿por qué me largas de esta forma?.

-Porque estás incordiando, ¿cómo quieres que te lo diga para que lo entiendas?.

-Bueno..., no hace falta que sigas empujándome para deshacerte de mí -dijo Javier un poco indignado por el trato que le estaba dispensando su colega-, ya me voy.

-¡Venga lárgate ya! -ordenó Manel entre risas y amistosos empujones, que aunque Javier respondiese con una sonrisa, internamente no estaba encajando nada bien la situación y el desalojo forzoso del que estaba siendo objeto.

-¿Cuándo vengo a tu casa y hablamos de lo que te he traído?.

-Déjame ver, mañana tengo inglés, no puede ser, pasado a Julia, tampoco, el otro, otra vez inglés..., el viernes, el viernes nos podremos ver. ¿Qué te parece?.

-Eso es muy tarde -protestó Javier viendo que su amigo no estaba por la labor. No obstante, propuso una solución-, lo mejor es no poner ningún día y lo hablamos en un momento cualquiera en la universidad cuando nos crucemos o quizás, el miércoles, ese día tenemos una clase libre y podemos vernos en la cantina un rato. ¿Qué te parece?.

-Venga, márchate ya, no me hagas perder más el tiempo. Nos vemos en los pasillos de las clases.

Cuando Manel cerró la puerta soltó un profundo suspiro de alivio, por poco casi lo estropea todo su colega. ¡Qué inoportuno!. ¿Quién se iba a imaginar que aparecería este tío con la ficha?. ¡Él había dado el tema por cerrado el sábado!. ¡Menudo día de sobresaltos!.

Manel, un poco más relajado tras haber hecho desaparecer de escena a Javier, entró de nuevo en la habitación con la ficha todavía entre sus manos.

-Qué amigo tan simpático tienes. ¿Qué te ha dado? -preguntó Julia adelantando la mano en solicitud de que le entregase el papel.

Manel en un disimulado giro, como si no hubiese visto el gesto de petición de la muchacha, se colocó de espaldas a ella e introdujo la ficha en una de las carpetillas del montón sobre la mesa, sin preocuparse mucho en cual de ellas. Ya la buscaría después, lo importante en ese momento, era hacer desaparecer la ficha y aunque Manel lo intentó, la maniobra de evasión fue demasiado obligada, como para no ser evidente.

-No es nada -contestó intentando quitar importancia al tema-. Es un papel, un documento para un trabajo que estamos realizando en clase.

-¿De qué va ese trabajo? -continuó indagando la muchacha para forzar la situación y ver cual era la reacción de Manel frente a su acoso.

-Se trata de un estudio sociológico sobre los índices de delincuencia y su evolución en la última década, ya sabes, datos y estadísticas, algo muy soso y aburrido. ¡Pero

bueno!. Hemos venido a estudiar inglés ¿no?, con tantas interrupciones, se nos va a pasar la tarde y no habremos avanzado.

Julia se quedó con las ganas de ver el contenido de la ficha, pero con el quiebro tan mal disimulado de Manel, quedaba en evidencia que allí, se estaba tramando algo que no quería que ella supiese, pero que ella sabía. Manel desconocía que la muchacha había revisado el expediente durante el tiempo que duró su breve ausencia. Este corto periodo fue lo suficientemente prolongado como para permitir a Julia cumplir sus objetivos. La pregunta que le intrigaba a ella, era el por qué. Hasta que obtuviese las respuestas que necesitaba, como táctica, actuaría como quien no sabe nada y, la próxima ocasión que se presentase la oportunidad, volvería a revisar la carpetilla. Ella sabía ser paciente, era la receta más recomendable para la situación actual.

Mientras tanto y hasta que no tuviese claras las cosas, mejor sería no fiarse, ni siquiera dejarse engañar por la apariencia de chico tímido que poseía Manel, nunca se sabe quién puede ser tu enemigo en la vida.

Por lo incómodo y confuso de la situación, Julia decidió terminar con el repaso antes de lo previsto. La madre de Manel perdió la oportunidad de entrar con sus pastas y su café con leche calentito. El muchacho algo molesto por la cantidad de interrupciones sufridas durante toda la tarde, no pudo cuando menos que quedar contrariado por la repentina decisión que le comunicó Julia. No obstante, como caballero y haciendo alarde de buenos modales, se brindó a acompañarla hasta la puerta de su casa.

Durante el trayecto a pie fueron hablando de cosas triviales. Manel poco a poco iba superando su retraimiento frente a la muchacha y comenzaba a mostrarse más abierto y extrovertido, hasta llegó a ser dicharachero y simpático. Al menos, consiguió arrancar alguna que otra sonrisa de los labios de Julia. Esto fue lo único que pudo arrancar de sus labios hasta ese momento, las cosas iban muy lentas, un beso de amor era todavía algo impensable, más bien una ilusión relegada sólo a los sueños y a las fantasías del muchacho.

Nada más llegar a la puerta, coincidieron con un hombre que esperaba en la calle. Éste se dirigió directamente a Julia sin prestar la menor atención a Manel, ni lo miró, aunque sólo hubiese sido por educación, estando a menos de medio metro frente a él.

-Entra en casa, la calle no es el mejor sitio para *mariposear* con los *moscones* –dijo secamente aquel hombre.

Entonces, le dedicó a Manel una mirada de menosprecio que habría dejado helado al más aguerrido guerrero. El muchacho sintió como aquellas pupilas le calaron hasta el fondo de su alma, como si alguien le estuviese atravesando con una fría daga de hielo alcanzando lo más profundo de sus entrañas. ¡Qué mirada tan dura y oscura!

Julia sin hacer ningún comentario, se introdujo inmediatamente en casa. De nuevo se tuvo que conformar Manel con un simple adiós como triste despedida. Aún así, no dejaba de estar contento por los progresos que había conseguido en la consolidación de su amistad con ella, todo un logro. La excusa del inglés había sido perfecta porque le permitió este acercamiento hacia la muchacha. Ahora, sólo era cuestión de captar su atención amorosa. El problema básicamente estribaba en cómo conseguirlo, empresa nada fácil, sobre todo si no estás ducho en los avatares del amor.

Dos días después

Hoy tocaba otra vez juntarse con Julia para repasar inglés. Era media tarde avanzada y ella ya tenía que haber llegado, la hora estaba pasada unos veinte minutos. Con seguridad existía una buena justificación para un retraso tan grande, a él no le importaba mucho esperar, siempre y cuando ella apareciese. Transcurrieron otros

veinte minutos sin noticias, aquel no era un buen augurio y comenzaba a perder las esperanzas de su encuentro con la muchacha.

Al cabo de unos minutos adicionales, sonó el timbre de la vivienda y cuando Manel cruzaba el umbral de la entrada a su cuarto, su madre ya había abierto la puerta principal. ¡Bien!, pensó el muchacho al divisar a Julia, por fin había llegado su amada. El gesto de preocupación de su rostro, se tornó en una amplia sonrisa como la de un inocente niño, cuando le dan un caramelo tras varios días de muda contemplación y deseo a través del escaparate de la tienda.

-Lo siento, me he retrasado. Estaba en casa leyendo tumbada encima de la cama cuando de improviso, me acordé que hoy tenía que venir aquí y menuda hora era cuando ocurrió esto. Como no dispongo de tu número de teléfono no te he podido avisar -se excusaba Julia-. Espero que sepas perdonar mi descuido. Últimamente ando muy despistada, se me olvidan las cosas con una facilidad increíble, tendré que comenzar a tomar jalea real y fósforo para mejorar mi memoria -comentó Julia exagerando la situación en un intento por darle un tono cómico que suavizase el terrible retraso.

-No pasa nada, como ves yo no me he marchado de aquí.

-Pero tampoco es plan que no te haya avisado. Por favor, dame tu número de teléfono me lo apuntaré y, así otra vez, si me ocurre alguna cosa imprevista, te aviso.

-Toma nota, el número de mi móvil es el 63571428.

-Muchas gracias, Manel. Disculpa por el retraso, de veras que lo siento.

-Nada, nada, tonterías -contestó el muchacho condescendentemente.

Seguidamente sin más demora, se pusieron a repasar inglés. No transcurrió ni una hora desde que comenzaron a estudiar cuando sonó el teléfono de la muchacha. Alguien comenzó a hablarle a través del aparato y mientras lo hacía, el rostro de Julia iba cambiando de expresión con unas muecas que fueron desde la sorpresa al pavor. La conversación por así llamarla, se convirtió en un monólogo procedente del otro extremo de la llamada, Julia apenas si contestaba con monosílabos. Colgó la llamada y quedó petrificada por unos instantes, como traspuesta e inmersa en sus pensamientos.

-¿Ocurre algo? -preguntó finalmente Manel con preocupación.

-No..., nada..., cosas mías. Oye, gracias por todo, lo siento, pero te tengo que dejar. Disculpa que hoy haya sido todo tan atropellado, pero he de marcharme ahora mismo.

-¡Tan pronto! -exclamó el muchacho levantándose de la silla perplejo por la repentina decisión.

-Sí, sí, no puedo quedarme más tiempo, ¿cuál es el camino más corto desde aquí hasta la avenida de la Libertad?.

-Depende de a qué altura de la avenida vayas.

-No lo sé, da igual, ya lo encontraré cuando llegue -Julia estaba nerviosa y apenas si coordinaba bien sus acciones, se trababa con cualquier cosa.

-¿Quieres que te acompañe?. No me cuesta nada.

-No, debo ir sola -se excusó la muchacha-. ¿Por dónde he de tomar para llegar hasta allí?.

-Desde la puerta, doblas a la derecha y después de tres travesías, giras a la izquierda, una vez allí, no tienes pérdida, camina recta hasta que topes con una avenida de seis carriles, tres en cada dirección, esa es la avenida de la Libertad.

-Bueno me voy, nos vemos otro día -le dijo la muchacha propinándole como despedida un sonoro beso en la mejilla.

Ella sentía que estaba abusando de la paciencia y del tiempo del muchacho.

Manel quedó alucinado, le había besado, fue más bien un acto reflejo sin pensar y no un gesto premeditado, pero daba igual, un beso era un beso. No obstante, le preocupaba en cierto modo aquella conversación que había mantenido la muchacha y que tanto la había trastocado emocionalmente.

Julia caminaba deprisa, más bien casi corría al encuentro de su cita. Una cita inesperada, una cita obligada. No podía asegurar con certeza que no estuviese cometiendo un error. ¿Quién lo podría saber?. Nadie podía vaticinar el futuro. Ella sólo buscaba respuestas, explicaciones a las cosas que ocurrieron, unas palabras que justificasen el por qué su padre tuvo que morir, dejándola huérfana en este mundo, quién le había dado la potestad a Jaime para creerse en el derecho de ocupar su lugar. Todo aquel asunto se estaba convirtiendo en algo paranoico, deseaba en lo más profundo de su corazón, ser una chica normal viviendo en una familia vulgar, con un padre y una madre a quienes amar y respetar, una vida tranquila, estable, afable y sin sobresaltos. ¡Algo que jamás tendría!.

Se aproximaba a su destino con recelo, temerosa de lo que fuese a averiguar, quizás, hubiese sido mejor permitir que Manel la acompañase hasta producirse el encuentro, pero la voz lo dejó bien claro, si quería obtener información sobre la muerte de su padre debía ir sola y así lo estaba haciendo. No obstante, la situación no dejaba de intimidarla, la tragedia de la pérdida de su padre había convertido su vida en una pesadilla interminable. Conforme se acercaba al lugar de encuentro, una voz en su cabeza se hacía más intensa, llamándola a la prudencia, llamándola a la vuelta atrás y a la retirada. En su recelo interior, alimentado éste por su más primitivo instinto de supervivencia, una sensación le decía que no debía llegar al encuentro. Le invadía el mismo sentimiento que al gato que esta a punto de entrar a un oscuro callejón y no deja de mirar inquieto a un lado y al otro de la entrada, parándose en mitad de este movimiento a observar detenidamente por unos instantes, la negra profundidad, sin terminar de decidirse en su movimiento, volviendo a continuación a mirar de nuevo a los lados, sin atreverse finalmente a entrar porque su instinto salvaje le grita alarmantemente desde su interior que, allí, en la más intensa y profunda oscuridad, donde ni siquiera sus ojos felinos eran capaces de alcanzar y proporcionarle una imagen nítida de lo que hay al final del callejón, allí, oculto, existe el mal acechándole, esperando pacientemente a que el gato se aventurase.

Ya estaba demasiado próxima como para arrepentirse y volverse atrás, sólo podía huir hacia delante, hacia la "Paloma Dorada" su lugar de encuentro, un bar restaurante típico en el que se podía conversar y comer alguna cosa ligera.

El letrero del local se encontraba al alcance de su vista, su cuerpo alerta, alcanzaba el máximo grado de tensión, la boca pastosa, el corazón acelerado, el cosquilleo en el estómago y, a la vez que la distancia iba reduciéndose, por culpa del miedo, unas terribles ganas de orinar iban creciendo en su interior.

Estando aproximándose a la puerta, al amparo de la luz del letrero luminoso pudo distinguir una figura esbelta, parcialmente oculta e intrigante que permanecía de pie al lado de la entrada del local, mirando en todas las direcciones.

Aquel hombre al verla, pareció reconocerla y comenzó a andar con rumbo directo hacia ella. Julia pudo distinguir su rostro cuando lo tuvo lo suficientemente cerca. No conocía a aquel individuo que se le aproximaba y justo cuando la iba a abordar, recelosa, hizo un amago para deshacerse del inevitable encuentro y esquivarlo. La mano fuerte y segura del individuo la asió por el antebrazo impidiéndole avanzar un paso más.

-Julia, espera –comenzó a decir el hombre-, yo he sido el que te ha llamado y antes que entres ahí, tengo algo que decirte.

El hombre continuó sujetando férreamente a la muchacha, por lo que ésta no tuvo otra elección que pararse a escuchar, al fin y al cabo, fue hasta allí en busca de respuestas a sus dudas, puede que fuese él el que las tuviese.

-Tu padre... está vivo.

-¿Qué? –contestó Julia boquiabierta sin salir de su asombro.

-Tu padre está vivo y está adentro esperándote.

Julia no creía lo que sus oídos estaban oyendo, no prosiguió por más tiempo con la conversación, enérgicamente, apartó con el brazo sujeto a aquel tipo quitándolo de su camino y entró rápidamente en el local. Sus ojos en continuo y nervioso movimiento de un lado para otro escudriñaron velozmente al gentío congregado en el bar.

Sí, sí, allí estaba. ¡Era su padre!. ¡No lo podía creer!. Él también la había visto al mismo tiempo y ambos caminaban deprisa hacia el mutuo encuentro.

Fundirse en un abrazo fuerte y cariñoso entre padre e hija fue suficiente recibimiento, con su mudo silencio expresaban lo que sentían. A Julia se le pusieron los ojos vidriosos comenzando a inundársele con lágrimas contenidas a duras penas, más aún cuando su padre le dijo: "No seas tonta princesa, ahora que estoy vivo no te vas a poner a llorar". En ese momento, comenzaron a desprenderse sendas lágrimas de los ojos de la muchacha, imposibles de retener por más tiempo tras escuchar la voz de su querido y añorado padre, con aquel tono aterciopelado, cariñoso e infantil que sólo usaba con ella, éste fue el desencadenante del silencioso llanto.

Inevitablemente, su padre tuvo que hacer acopio de fuerzas para no ponerse también a llorar, consiguiéndolo finalmente, pero quedando como residuo una sensación de nudo en la garganta provocado por la emoción del encuentro.

El hombre tomó a su hija por la cintura y, mientras la ayudaba a secarse las lágrimas, la acompañó hasta la mesa donde estaba sentado. El acompañante de su padre había entrado procedente de la calle, respetuosamente permaneció alejado de ellos mientras duró el reencuentro tan emotivo; después, en silencio, se incorporó a la mesa haciéndoles compañía, pero sin intervenir en la conversación.

-Papá, estoy muy contenta de verte, no sabes todo lo que hemos sufrido.

-Mi niña... –respondió el padre haciéndole una caricia en la mejilla a la vez que le limpiaba una solitaria lágrima que todavía discurría por ella.

-¿Qué fue lo que pasó?. ¿Por qué no nos dijiste nada a mamá y a mí?. ¡No es justo que estuviésemos engañadas durante tanto tiempo! –añadió Julia a modo de reproche.

-Cariño, no era el momento, compréndelo.

-No entiendo nada, ¿qué fue lo que ocurrió? –la muchacha se quedó mirando fijamente a los ojos a su padre, implorando una explicación que justificase toda aquella farsa y reivindicando su derecho a saber, a obtener una explicación coherente de alguien.

-Mira, te lo voy a contar de una forma sencilla, sin entrar en detalles innecesarios. Jaime y yo teníamos el encargo de recoger un paquete valioso y entregarlo a unas personas. Él aprovechó este envío y se quedó con parte de lo que teníamos que entregar. Alguien se dio cuenta que no estaba todo completo. Una persona enviada por los dueños vino a reclamar lo que era de ellos y Jaime, en lugar de entregárselo, lo mató. Después de eso, le pegó fuego y para terminar de complicarlo, tiró mi cartera en los alrededores. Así, con este montaje, la policía supondría que yo era el muerto y no indagarían más. Los dueños de la mercancía sabrían que el muerto era la persona que ellos mandaron para recuperar lo que era suyo, por ese motivo me buscarían a mí y yo tendría que desaparecer del mapa para que no me liquidasen. Al final, Jaime se quedaba con lo robado y yo tenía que escaparme si quería seguir vivo. Si por lo que

fuese me cazaban, no le iba a pasar nada a Jaime, porque teniendo nadie me iba a creer. Por otro lado tampoco podría demostrar nada. Ya ves una encerrona y la única salida es desaparecer.

Julia permaneció atenta a la explicación de su padre, mirándole a los ojos fijamente, examinándolo, intentando encontrar algún resquicio, temblor o duda, alguna reacción que le indicase si aquello era cierto o si le estaba mintiendo. La historia era verosímil y no tenía fisuras, tal vez, demasiado rebuscada y rocambolesca como para ser verdad, pero en ocasiones, la realidad supera a la ficción por muy fantasiosa que ésta pudiera llegar a ser. La versión relatada de los hechos encajaba con los acontecimientos y, para ella, siempre era más fácil creer a su padre y aceptar que el artífice del embrollo fuese Jaime que no al contrario, pero... ¿Qué iba a suceder ahora?. ¿Cómo continuaba la historia?.

8. La trampa

En espera de indicios que le proporcionase pistas de cómo iba a ser el futuro, Julia continuó expectante conversando con su padre.

-Papá, a mí no importa lo que pasó, estás vivo y es lo que quiero. Mamá y yo hemos llorado mucho por culpa del entierro. Nosotras creímos lo que nos dijeron en la policía, no pudimos ver el cuerpo porque estaba calcinado, pero ellos dijeron que eras tú y cuando mamá vio tu cartera, la reconoció y quedó convencida de tu fallecimiento sin llegar a poner en duda si tú eras la persona del coche o no. Realmente nosotras estábamos convencidas de ello.

-Me lo imagino princesa, siento todo el daño que os he causado, debió haber sido muy duro para vosotras. Yo no quería que fuese así, pero no podía ser de otra forma.

-¿Sabes que Jaime está viviendo en casa? –la muchacha hizo la pregunta bajando y desviando la mirada, con miedo a decir la verdad sobre la infidelidad conyugal, temiendo la reacción de su padre ante esta noticia.

-Sí, lo sé, Joaquín lleva varios días vigilando la casa y controlando que la policía no estuviese acechando, por cierto, él es Joaquín –añadió señalando al individuo que estaba sentado junto a ellos-, un viejo amigo de los de antes, de los que ya no quedan. Julia le dirigió una mirada complacida acompañada de una agradable sonrisa en agradecimiento, a la ayuda que le estaba prestando a su padre. Sin embargo, el hombre ni se inmutó, correspondiendo al amable gesto de la muchacha con una leve caída de párpados, sin molestarse, ni siquiera, en abrir la boca para mencionar una sola palabra.

Volviendo a la conversación, el padre intentaba sincerarse.

-Hacía tiempo que me imaginaba que tu madre y Jaime estaban liados, pero nunca creí que fueran capaces de hacer todo esto para librarse de mí.

-Papá, creo que te equivocas, mamá no haría nunca nada en contra tuya, ella te ha llorado, no fingía, lo hizo de corazón. Estoy segura que ella no sabe nada del montaje de Jaime. El que lo ha maquinado todo ha sido Jaime, estoy segura de ello –Julia defendía a ultranza a su madre, no la creía capaz de semejante monstruosidad, claro que..., hasta hacía poco tampoco la creía capaz de cometer adulterio.

El hombre también reconocía que su esposa no poseía tan malas entrañas, pero, aún así, continuaba dolido por el engaño sufrido y el orgullo de marido ultrajado le nublaban el juicio, es por ello, que en su amargura, acusaba indiscriminadamente a culpables e inocentes sin distinción alguna.

-Sí, es posible que tu madre no sea de esa manera. Yo sabía desde hace mucho tiempo que me engañaban y aún siendo consciente de que era un cornudo, prefería hacer como que no me daba cuenta –explicó el hombre con evidente resignación-. Muchas veces, es mejor hacer como que no ves las cosas, pero eso no quiere decir que no las sienta. Aunque parezca extraño, esta es la única vía que te queda para no perder lo que tienes, porque yo, a tu madre la quería mucho, por eso preferí no darme cuenta de nada.

-Ahora..., ¿qué piensas hacer?.

-Pues yo..., quiero que vengas conmigo, que cambiemos de ciudad y de aires. Hubiese preferido que tu madre nos acompañase, pero ella, ya eligió con que hombre quiere pasar el resto de sus días.

-¿Vas a dejar que Jaime se salga con la suya después de haberte traicionado obligándote a huir?. Él fue el que hizo lo del descampado.

-¿Qué quieres que haga?. No tengo más remedio que aguantarme.

-Pero si él fue el culpable..., ¿habrá alguna cosa que lo pueda demostrar?. Los periódicos decían que la policía sospechaba de gente cercana a tu entorno delictivo.

-¿Dónde has leído tú eso? -inquirió el padre con curiosidad.

-En unos recortes de periódicos.

-¿Tu madre te ha dejado que los tuvieses?.

-Yo no tengo nada, lo he leído en casa de un amigo que poseía todos los recortes y hasta una copia de tu ficha policial.

-¿Cómo?. -se sorprendió el hombre con extrañeza-. ¡Un amigo tuyo tiene una copia de mi ficha!.

-Sí. Yo la leí con mis propios ojos.

-Pero..., ¿Quién es?. ¿Es de la policía?.

-No que va. Es un chico, un estudiante como yo, un amigo mío.

-Joaquín, tendríamos que hablar con ese amigo para que no meta las narices en este asunto, es muy peligroso. No sería bueno que alguien, descubriese que estoy vivo y le fuese con el cuento a la policía. ¿Podríamos hablar ahora con él? -preguntó el padre dirigiéndose a Julia-. Necesito hablarle y hacerle entender que este asunto es peligroso y que es mejor que nadie se ponga por medio, nosotros tenemos nuestra forma de hacer las cosas. Me está poniendo en peligro.

-Tengo su número de teléfono, le podría llamar y decirle que viniese aquí.

-No, mejor que no sea aquí, yo no puedo estar mucho tiempo en el mismo sitio, alguien conocido podría verme. Mejor cambiamos de lugar. Llámalo y quedas con él para verlo hoy mismo, en el parque que hay al lado de casa -propuso el padre-. Es un sitio poco iluminado y tranquilo donde podemos hablar sin que nadie se fije en nosotros. Venga princesa, llámalo a ver que dice.

-Espera un momento, déjame llamarle y te digo algo.

Julia salió del local huyendo del ruido y del bullicio, marcó el número de teléfono de Manel y, éste, al momento, se puso al auricular.

-Hola Manel, soy Julia, perdona que te moleste, necesito verte urgentemente.

-¿Qué ocurre?. ¿Te pasa algo?.

-No, no pasa nada. Necesito hablar contigo ya. Es urgente.

-¿Voy a tu casa?.

-No, allí no, quiero que nos veamos a solas en la calle.

-¿Dónde quieres que quedemos?, ¿es grave? -preguntó atropelladamente el muchacho sin dar tiempo a una respuesta.

-Ya te lo contaré, no seas impaciente, por teléfono no puedo. Dentro de media hora, o sea, a las nueve y veinte, en el monolito que hay en el parque al lado de mi casa. ¿Sabes dónde te digo?.

-Sí, sí, allí estaré -confirmó Manel con resignación y fastidio por desconocer la causa de tanta precipitación. Él siempre había huido de las citas improvisadas, aunque en este caso era necesaria una excepción, no sólo porque se lo pedía Julia, también porque parecía existir un imperioso motivo que lo justificaba.

Julia colgó el teléfono complacida y volvió a la mesa.

-Ya está, hemos quedado dentro de media hora en el parque.

-¡Estupendo! -dijo el padre con satisfacción-. No podemos dejar flecos. He estado pensando lo de vengarme de Jaime de alguna forma y creo que llevas razón, ¿por qué voy a permitir que se ría de mí?. ¿Sabes que nosotros tenemos algo para acusarle?.

-¿Síiii? -intervino Julia llena de grata sorpresa.

-Joaquín tiene guardada la pistola que usó Jaime en el descampado y, con ella, la policía puede demostrar que fue Jaime quien hizo lo del coche. En la empuñadura de esta pistola están sus huellas y, además, las balas coincidirán.

La muchacha dirigió una mirada sonriente a Joaquín, el cual, continuaba mudo, inmutable e indiferente. El vaso de cerveza, de encima de la mesa, era capaz de mostrar y transmitir más emociones que el rostro de aquel individuo.

-¿Qué vais a hacer con ella?, ¿se la vais a entregar a la policía?.

-No es tan fácil princesa, luego te diré lo que vamos a hacer, creo que tengo un plan, posiblemente necesitemos tu ayuda, pero primero, tenemos otros asuntos pendientes.

-Bueno, cuenta conmigo para lo que te haga falta.

-De eso hablaremos más tarde, ahora, en marcha, vamos a ver a ese amigo tuyo -propuso su padre.

Juntos, abandonaron el local y montaron en un vehículo dirigiéndose hacia el parque. Apenas si hablaron durante el trayecto.

Manel poseía un recorrido mucho más corto, aunque tardaría algo más que ellos porque se desplazaba caminando. Durante este espacio de tiempo, iba haciendo cábalas mentales acerca de cuál pudiera ser el motivo de tan repentino encuentro con Julia, qué estaría tramando, tendría algo que ver con la misteriosa conversación telefónica que recibió y que tanto la perturbó. Manel era incapaz de dar una respuesta a estas incógnitas.

Estacionaron el vehículo en la linde del parque y, se adentraron caminando despacio hacia el monumento en forma de monolito, con la seguridad que Manel no habría llegado todavía.

La noche era oscura y fría, tanto como para que se formase vaho con el aliento, refrescaba lo suficiente como para enfriarse, si no se iba bien abrigado. Llevaban cinco minutos de inmóvil y tensa espera, con los pies entumecidos, cuando el muchacho hizo aparición por las inmediaciones del lugar.

En un principio, debido a la escasa iluminación del parque, a Manel le costó identificar a Julia, no esperaba que estuviese custodiada por nadie, por eso, en primera instancia cuando llegó, no se fijó en el grupito y no fue capaz de verla hasta estar próximo a ellos.

-¿Quiénes serán esos tipos que están con ella?. Esto me da mala espina -pensó Manel al divisar a los dos individuos al lado de Julia que, inequívocamente, le estaban haciendo compañía.

Se acercaba despacio, con cautela, aunque en estos momentos hubiese preferido estar en otro lugar, definitivamente aquello tenía mala pinta. Ya no se podía echar atrás o quedaría como un verdadero cobarde frente a los ojos de su amada, pero..., la verdad es que en esos momentos tenía bien poca valentía corriendo por sus venas

Finalmente llegó a la altura del trío y comenzó a hablar, mirando recelosamente a los acompañantes:

-Hola Julia. ¿Qué es lo que pasa?. ¿Quiénes son estos?.

Julia no contestó. Uno de los hombres que acompañaba a la muchacha se giró un poco, de tal forma que, la luz de una farola lejana le iluminaba parcialmente el rostro haciéndolo nítidamente visible.

-¿Sabes quién soy yo? -le preguntó aquel individuo.

Manel lo reconoció inmediatamente, no le cabía duda, era el padre de Julia, el tío de la foto de la ficha y estaba vivo. ¿Qué era toda aquella farsa?. ¿Qué querían de él?.

-No, no sé quien es -mintió el muchacho con voz temblorosa, evidenciando la mentira y el miedo que llevaba en el cuerpo.

-Pues, para que queden las cosas claras, yo soy su padre y como ya sabes estoy muerto, continuo muy muerto, no sé si eso te ha quedado bien grabado dentro de la mollera –mientras decía esto, con el dedo índice, le martilleaba la frente amenazadoramente-. Como supondrás, a mí no me gusta que nadie meta las narices en mis asuntos. ¿Lo comprendes o es necesario repetirlo de nuevo? -preguntó el hombre propinándole un fuerte y seco puñetazo, en el lateral de las costillas.

El dolor penetrante causado por el golpe obligó a Manel a encorvarse, prácticamente, se quedó sin aliento, por unos instantes fue incapaz de respirar.

-Por favor papá -Julia salió rápidamente en la defensa de su amigo-, no es necesario nada de esto.

-Mejor será que te vayas al coche con Joaquín y me esperes allí -propuso su padre dando la orden con una indicación a su lacayo.

-No papá, vente conmigo y déjalo en paz, ya te ha entendido, no va ha hacer nada más, no le hagas daño -suplicó Julia a punto de llorar agarrándose firmemente al brazo de su padre.

Aquel gesto de su niña defendiendo a Manel, no hizo más que irritarle más aún. ¿Qué tenía aquel chico para que su princesa lo defendiese?. ¿Sería su novio?. ¿Aquel chaval habría osado ponerle una mano encima a su nenita? –una mirada de odio dirigida hacia Manel se proyectó desde los ojos del hombre.

Julia desconcertada, observaba la cruel escena y la agresiva reacción de su padre. Muy a pesar de ella, en esos momentos descubría una faceta desconocida en él, estaba contemplando un aspecto de su padre que ella no imaginaba que poseyese, un hombre totalmente diferente a la de aquel papá cariñoso y protector a la que estaba acostumbrada.

La muchacha, en su cándida inocencia, no entendía que su padre se desenvolvía en una jungla en la que había que luchar para sobrevivir, un lugar en el que los débiles sucumbían, pero él era un sobreviviente. Un depredador despiadado y fiero, como el gran cocodrilo africano que en su instinto protector, es capaz de tomar delicadamente a su camada entre sus fauces y transportarla, en tan segura prisión, hasta alcanzar el río, liberando sus crías en el agua sin causarles el menor daño, pero..., con esas mismas mandíbulas es capaz de despedazar, de una sola dentellada, los cuartos traseros de un indefenso y desvalido Ñu que, en su alocada trashumancia, se haya quedado rezagado al cruzar el vado del río luchando con sus finas y delgadas patas, clavándose en el cieno en su desesperado y tembloroso baile por alcanzar el terraplén de tierra firme que le asegurará, proseguir en su instintiva carrera, aterrorizado, observando por el extremo de su campo visual, como se acerca su inevitable ejecución en manos de las terribles fauces, repletas de dientes, que se aproximan dispuestas a procurarse el festín.

El padre de Julia tomó a Joaquín por el brazo, apartándolo un poco del grupo y susurrándole algo al oído. Nadie más, pudo escuchar el mensaje dado al fiel servidor.

Manel continuaba agachado a causa del intenso dolor en el costado, quien le dio el puñetazo, sabía exactamente como hacerlo para causarle dolor, de cualquier forma no se atrevía a incorporarse por miedo a recibir otro golpe.

Julia se aproximó a él abrazándole y pidiéndole perdón, alegando que ella no sabía lo que iba a pasar. A él no le importaba lo que ella le explicase justificándose, ella le había llevado hasta allí, por lo tanto, era partícipe de aquella trampa y tortura. Al final lo que

contaba era que le estaban amenazando y pegando sin saber muy bien todavía el por qué.

-Vamos princesa, vámonos nosotros al coche, dejemos que ellos charlen un rato tranquilamente -le decía su padre mientras la tomaba por el brazo y la cintura a la vez, tirando de ella para que se apartase de Manel.

Cuando llevaban dos o tres metros andados, Julia se encaró a su padre:

-Prométeme que no vais a hacerle daño -imploraba Julia verdaderamente arrepentida de haber abierto la boca contando lo que vio en casa de su amigo y, a consecuencia de ello, meter a Manel en este lamentable lío.

-Te lo prometo princesa, pero ahora tienes que venir conmigo, deja que Joaquín hable con él despacio, tenemos que averiguar lo que sabe y advertirle lo que le pasará si dice algo de esto a alguien y, ya está, sólo se trata de eso. No le va a hacer daño, está muy asustado, no será necesario atizarle, sólo van a hablar, ya le he dicho a Joaquín que se acabaron los palos, no le va a pegar más.

-Pero papá, yo quiero quedarme aquí con él.

-No, dejemos que hablen ellos, nosotros no tenemos nada que hacer aquí, vamos y esperaremos en el coche.

-Me prometes que no le va a hacer ningún daño, palabra de angelitos -dijo la muchacha suplicante.

-Sí, princesa, palabra de angelitos -prometió el padre como cuando Julia era una niña y utilizaban esta fórmula para indicar que una promesa era indestructible y se cumpliría pasase lo que pasase.

Padre e hija comenzaron a cruzar el parque en dirección al coche. Julia entre lágrimas se volvió un par de veces para verificar que, Joaquín no estaba maltratando al muchacho y que, se mantenía la palabra dada por su padre. Siguieron caminando y a la vuelta de unos árboles, los perdieron de vista. Julia deseaba que todo hubiese terminado ya, que jamás hubiese venido Manel. Nunca habría sospechado que todo se iba a complicar tanto.

Frente a la situación de acorralamiento y la intimidación de la que estaba siendo objeto, así como por el terror a salir de allí apaleado. Manel respondió a todo lo que le preguntó Joaquín, informó con detalle lo que conocía del caso, la existencia de la carpeta, la forma cómo él había obtenido las copias de las fichas. A lo que no pudo responder con total claridad, fue a la pregunta de para qué quería aquella información, qué iba a hacer con ella. En el fondo, eso mismo se estaba preguntando él en esos momentos, para qué había recabado la información, una niñería, una gran estupidez, un absurdo que había desembocado en aquella situación. Ahora él no estaría en esta comprometida situación, si hubiese metido las narices únicamente en sus asuntos y dejado, de lado, los problemas de los demás. Estaba pagando un precio muy caro por satisfacer su curiosidad.

Joaquín se dio por contento con las respuestas que le había proporcionando Manel, dando prácticamente por terminado el interrogatorio.

-Vamos para allá, que quiero mear -indicó Joaquín señalando una zona más apartada, oscura y lúgubre, donde la tenue luz de la luna y de las farolas apenas si alcanzaban a llegar.

Esta petición no le hacía ni pizca de gracia a Manel. Allí donde estaban situados ellos tampoco se encontraban muy a la vista de otras personas. No había mucha gente a esas horas en el parque únicamente alguna que otra pareja y los dueños de los perros que compartían una pequeña charla, mientras los animales, hacían sus necesidades fisiológicas y estiraban un poco las patas corriendo de aquí para allá.

No obstante, Manel permanecía receloso y, por temor a ser golpeado de nuevo, caminó al lado de aquel hombre, pero manteniéndose fuera del alcance del puño de su agresor. Finalmente llegaron a la parte más oscura y oculta del lugar escogido. Joaquín hizo un alto en su caminar y se giró realizando el ademán de orinar:

-Date la vuelta o es que me la quieres ver –dijo el hombre brusca y ásperamente-. Si te mueves de donde estás mientras meo, te rompo las piernas -amenazó.

La verdad era que, por supuesto, que lo de salir corriendo se le había pasado por la cabeza a Manel, pero el miedo hacía rato que lo tenía paralizado, sentía los pies fríos y entumecidos. Era como consecuencia del pánico, aunque cabría la dudosa posibilidad que fuese por el frío, de cualquier forma, estaba demasiado asustado como para salir huyendo. Parecía que aquello estaba llegando a su fin y que, al final, lo dejarían marchar a casa. Con obligada resignación se giró dando la espalda a aquel individuo esperando, pacientemente, a que terminase de hacer sus necesidades, sin optar por la huida.

Joaquín en lugar de orinar, introdujo su mano a la altura de la axila y, de una cartuchera, extrajo una pistola automática y le acopló un silenciador que llevaba oculto dentro del amplio bolsillo del chaquetón. Sin hacer más ruido del preciso, se giró, alzó el brazo recto situando la boca del cañón a escasos centímetros de la nuca del muchacho, inclinándolo ligeramente la boca del arma hacia arriba para asegurarse que el proyectil alcanzaba el cerebro y que la muerte iba a ser instantánea. Manel, mientras tanto, con la cabeza un poco levantada, observaba, mirando hacia el cielo el inquieto el tintineo de las pocas estrellas visibles esa noche en el firmamento.

Joaquín no dudó ni un instante, apretó el gatillo del arma ejecutando instantáneamente a Manel. Tras escucharse el suave petardeo, el cuerpo cayó inerte al suelo, como una marioneta a la que de repente le cortasen todos los hilos de sustento. Se escuchó el sonido seco de la caída. Quedando amortiguado el ruido por el suelo de tierra en el que se encontraban.

El rostro del muchacho quedó inexpresivo, todavía poseía brillo en sus ojos abiertos por el horror y la sorpresa, casi con seguridad, por unos segundos fue consciente de que era lo que estaba ocurriendo, pero sólo se prolongaría esta agonía hasta que el oxígeno dejase de alimentar a su cerebro anulando los sentidos. Mientras, la sangre se extendía pintando su mancha de muerte en el suelo terroso del parque. La pierna izquierda del muchacho, se movió en un par de espasmos temblorosos, imitando el nervioso e inquieto coleteo del pez cuando se le quita el anzuelo después de haber sido alzado y extraído de su elemento natural.

Joaquín contempló impasible el cuerpo de Manel, tirado y moribundo, la escena no le generaba ningún tipo de escrúpulos ni remordimientos. Apuntó al cuerpo y disparó otras tres veces más a la espalda del muchacho. Habiéndolo rematado, lo tomó por la cazadora y lo arrastró hasta casi ocultarlo entre los matorrales. No era necesario tomarse muchas molestias en ello, el cuerpo sería descubierto pronto. Hecho esto, Joaquín encendió un cigarro y puso rumbo al coche paseando tranquilamente, como el que sale a caminar disfrutando de la brisa de la noche. ¡Trabajo terminado!.

Mientras se aproximaba al vehículo, guardó el arma en el bolsillo de su chaquetón y sin prisas continuó realizando su paseo, saboreando el cigarrillo que llevaba entre sus labios, sin que nada perturbase la tranquilidad de su marcha.

Cuando llegó a estar al alcance visual del coche, Julia escrutaba su pétreo rostro con la mirada, intentando desesperadamente distinguir algún gesto, algún indicio que la reconfortase y que le indicase que Manel no había sufrido ningún daño y que, aquel

matón, no había continuado maltratándolo durante el interrogatorio. Ella se sentía culpable por todo lo sucedido.

¡Qué ironía grotesca del destino!. Ella preocupada porque no golpearan a Manel y mientras tanto, éste yacía sin vida tirado en el suelo, semioculto entre los matorrales con la ayuda cómplice de la noche, dando testimonio fehaciente de que nada se interpone entre estos individuos y sus objetivos.

Ingenuidad cándida y tierna de Julia que contemplaba a su padre, a través del prisma de la inocencia de los recuerdos su infancia, obteniendo una imagen del hombre que no era. Ignorando que ella fue el único ser que recibió todo el amor, el cariño y la ternura que aquel criminal era capaz de generar y que, para el resto de la humanidad, sólo quedó, como residuo, la dureza y la crueldad de la bestia que llevaba dentro.

9. La detención

Joaquín llegó plácidamente caminado hasta el vehículo y picó con los nudillos en el vidrio.

-¿Quieres la pistola ahora? –preguntó Joaquín realizando una extraña mueca con el rostro que no pudo ser visible desde la posición en la que se encontraba Julia.

-Sí, dámela, así le explico lo que tiene que hacer con ella -contestó José.

Joaquín se dirigió al maletero, lo abrió, tomó un trapo y envolvió la pistola, dando la impresión, por todo el teatro que estaba haciendo, que el arma hubiese estado desde siempre depositada en el maletero del vehículo. Después de esto, se la entregó a José.

-Princesa, aquí tienes la pistola que utilizó Jaime en el descampado. Necesito que la coloques en casa, en su cuarto, allí donde pueda ser encontrada fácilmente y, que él, no la vea para que la policía la pueda hallar en un registro.

-¿Cómo es que la tenéis vosotros? –preguntó Julia intrigada.

-Cuando vino Jaime a explicarme lo que había hecho en el descampado, no me dijo que había tirado mi cartera allí para acusarme, pero, aún así, discutimos y nos peleamos. Durante la pelea, le arrebaté la pistola, suerte, que se la quité de las manos, sino ahora mismo, puede que yo también estuviese muerto. Procura no tocarla para que no queden tus huellas marcadas. Y sobre todo, ten mucho cuidado, Jaime es un hombre peligroso.

-Yo no le tengo miedo papá.

-Así me gusta princesa. Después de esconderla sin que nadie se dé cuenta, recoge algunas de tus cosas que te vienes conmigo lejos de aquí.

-Pero papá..., yo no me puedo marchar así sin más y dejarlo todo.

-¿Por qué no?.

-Porque no es tan sencillo, tengo el curso por la mitad y luego todos mis amigos también están aquí.

-¿Eso es más importante para ti, que tu padre?.

-No vale papá, esa pregunta no es justa. No me hagas chantaje emocional.

-Yo no puedo quedarme en esta ciudad, entiéndelo, debo retirarme de la circulación por una temporada. Me gustaría llevarte conmigo a un lugar seguro donde pudiésemos estar juntos tú y yo.

-No puedo, de verdad papá. Pero te prometo que allá donde vayas, te visitaré, te lo juro, palabra de angelito, pero ahora no me lo pidas, no puede ser.

El hombre aceptó de mala gana los motivos expuestos por su hija, pero no podía forzarla a hacer lo que ella no quisiese.

-Antes de marcharme, pasaré a despedirme –el hombre tomó el rostro de la muchacha entre sus grandes manos y le propinó un beso cariñoso en mitad de la frente-. Anda, márchate ya para casa, que al final me vas a hacer llorar. Y recuerda, sobre todo no toques la pistola.

Julia tomó la pistola envuelta, se la metió en la cintura pillada por el pantalón y oculta debajo del jersey quedando, perfectamente disimulado el bulto por medio de la cazadora; después, se despidió de su padre.

Al salir del coche, le dedicó una temerosa mirada a Joaquín. Había algo en aquel hombre que la inquietaba, tal vez su inexpresividad, su silencio o, simplemente, su presencia.

-Joaquín, acompáñala fuera del parque hasta la esquina.

-No hace falta papá –dijo la muchacha rechazando tan siniestra compañía.

-No discutas, va a ser así, te pongas como te pongas, no se hable más.

La muchacha y su improvisado guardaespaldas comenzaron a caminar sin decir palabra, él, porque no tenía costumbre de hablar, sólo lo hacía si era estrictamente necesario o si le preguntaban, ella no lo hacía, simplemente, porque le daba miedo aquel personaje.

Llegaron hasta la calle de la vivienda de Julia, caminaba aliviada por deshacerse de la tenebrosa compañía de Joaquín aunque, un poco inquieta al saberse vigilada por aquellos ojos inexpresivos hasta llegar a la vivienda. Alcanzar la puerta y librarse definitivamente de él fue gratificante, pero no podía cantar victoria todavía, aún le quedaba pendiente el trabajito más delicado, el de dejar la pistola oculta en el cuarto de Jaime sin que nadie la viese.

Cuando abrió la puerta de la vivienda, intentó aparentar normalidad. En la cocina estaba su madre preparando la comida y Jaime no había llegado todavía; ahora, era un buen momento para intentarlo.

Saludó brevemente a su madre y, al salir de la cocina, fue directa al cuarto de los invitados. Levantó el colchón de la cama por una esquina, al meter la mano para depositar la pistola, encontró revistas eróticas. Mejor sería no dejarla allí, si se le ocurriese a Jaime mirar las revistas esa noche, encontraría el arma. Finalmente optó por dejarla debajo de la cama, más o menos en el centro, nadie la vería si no era que miraba allí debajo expresamente.

Al agacharse, en la esquina de la cama, justo al lado de la mesita de noche, vislumbró una bolsa de plástico que abultaba en exceso. Llevada por la curiosidad examinó su contenido. Al abrir la bolsa se encontró con que era una especie paquete cerrado y compacto envuelto por una tela de saco, desprendía un fuerte olor a café molido. El paquete estaba ligeramente abierto por una esquina, Julia apartó con el dedo la tela y pudo examinar el contenido del paquete. Ahora comenzada a comprender muchas de las cosas que sucedieron.

Tomó el paquete, que para ella era bastante pesado, y lo ocultó dentro del armario del cuarto trastero, enterrado bajo un cubrecama grueso que estaba allí esperando a que llegasen de nuevo los fríos invernales. Apalancó una bicicleta y una tabla de planchar apoyándolos contra la puerta del viejo mueble como si estuviesen caídos y dejados sin intención de molestar, pero dificultando la apertura del armario. Al salir del cuarto trastero, se dio de bruces con Jaime. No lo había escuchado llegar desde la calle. Éste la miraba extrañado, preguntándose que hacía ella en el cuarto trastero.

-¿Qué haces ahí?.

-¡A ti qué te importa!, ésta es mi casa y no tengo prohibido entrar en ningún sitio.

-¿Qué hacías ahí dentro? –insistió Jaime sujetando firmemente a la muchacha por el brazo.

-Ya te he dicho que nada, suéltame.

-¿Qué te pasa gatita?. Últimamente estás muy arisca conmigo, ya te has cansado de mí.

-Yo no, eres tú el que ha cambiado sus preferencias, ahora te ha dado por las viejas –Julia realizó un movimiento giratorio con el antebrazo librándose de Jaime.

Éste observó como se alejaba la muchacha con su andar insinuante y felino, mientras tanto, él mantenía una sonrisa de satisfacción en su rostro. Se sabía el dueño de aquellas dos mujeres y cuando tuviese bien sometida a la madre, le llegaría el turno de nuevo a la hijita, no le costaría mucho trabajo dominarla. Al fin y al cabo, ellas acudieron a él, no fue culpa suya que ambas fuesen buscando el abrigo de sus sábanas. Así pues, desde su punto de vista, era normal que la muchachita se sintiese celosa, últimamente se había centrado demasiado en la madre dejándola un poco de lado. En verdad, desde que estaba viviendo en la casa, no había tenido oportunidad de pegarse ningún revolcón con Julia y seguro que ella estaba notando el distanciamiento. Pronto pondría remedio a esto, ya se le presentaría alguna ocasión propicia para ello. Había que contentar un poco a la niña, no deseaba que, en un arrebatado de celos, la muchacha le dijese a su madre que estaba liada con él, no era el momento para que la madre lo supiese y diese pie a un enfrentamiento entre ambas, podría significar la rotura y precipitar su salida de la casa, pero si ocurría dentro de un par de semanas, posiblemente las dos mujeres aceptasen implícitamente la situación. Todo sería más fácil y mejor para él.

Su curiosidad seguía latente, antes de dirigirse a la cocina a saludar a la madre, se desplazó hasta el trastero, abrió la puerta e inspeccionó lentamente el pequeño cuarto, con atenta mirada, en busca de algún indicio que le proporcionase una pista a cerca de lo que Julia pudo estar haciendo allí, todo parecía aparentemente normal.

Esa noche, un teléfono sonaba en la Comisaría Central de Policía. Una llamada anónima, un hombre sin identificar, informaba que se había producido un asesinato en el parque, proporcionando a su vez datos acerca de Jaime como el autor de los disparos. El informante fue tan generoso que hasta dio a la policía la dirección en la cual se podía localizar al presunto asesino. Toda esta información, fue dicha de sopetón y de prisa al oficial de policía que atendía el teléfono. No fue necesario hacerlo más lento ni repetirlo, porque el denunciante anónimo conocía de sobra los procedimientos policiales, incluida la grabación automática de todas las llamadas que se realizan a los teléfonos de emergencia y de atención de la policía.

Todo estaba preparado, era demasiado artificial como para creer que la llamada telefónica fue realizada por un buen ciudadano en su afán por colaborar con la Justicia. No obstante, si aquella información pudiese ser cierta, permitiría la detención de Jaime retirándolo de las calles. Por ello, bienvenida fuera, independientemente de cual fuese la fuente de origen de la misma. Toda la información y las pistas que contribuían a la detención de un delincuente, eran usadas por la policía sin ningún escrúpulo, aunque al final, todo se tratase de un montaje o una venganza.

Julia había relegado a un rincón profundo de su mente, el vergonzoso suceso del parque con Manel, intentando forzar con ello su olvido, ya se disculparía más tarde con él. Poco a poco, comenzaba a recuperar la alegría que perdió tras la muerte de su padre. Sucedió aquello que jamás hubiese imaginado. El destino dio un giro total a su vida llenándola de luz y esperanza, su padre estaba vivo y todo estaba dispuesto para que Jaime pagase por ser tan ruin y por sus traiciones. ¡No podía pedir más para ser feliz!

Al día siguiente, cuando Julia llegó de la universidad se enteró que la policía había estado en su casa. Se llevaron detenido a Jaime, acusado de cometer un asesinato. Estuvieron registrando su cuarto y encontraron un arma bajo la cama, donde ella la

dejó, fue confiscada por la policía como una posible prueba para su análisis en el laboratorio. Todo había acontecido según lo predicho por su padre.

Su madre estaba llorando en el sofá invadida por la tristeza y autocompadeciéndose de su mala suerte. Ésta, no podía entender qué era lo que había hecho en la vida para que la fortuna la maltratase de esa forma.

Por supuesto, no acompañó a su madre en su pesar, le estaba bien merecido por portarse de la forma que lo hizo tras la desaparición de su padre.

Por la tarde, estando Julia leyendo en casa, recibió una llamada en su teléfono móvil. Era su padre que conocedor de los acontecimientos y, habiéndose vengado finalmente de Jaime, le llegaba la hora y las prisas por marchar, lo antes posible, para desaparecer de la circulación durante una prolongada temporada.

Quedaron en el parque para despedirse. Julia se puso en marcha inmediatamente, no dijo nada de ello a su madre, no se lo merecía y pasaría mucho tiempo antes que se enterase por boca suya que su marido estaba vivo y quizás, no se lo dijese nunca. Era un pacto entre padre e hija, estaba sellado con angelitos y no se podía romper.

Al acercarse al parque, pudo divisar el vehículo y, dentro del mismo, se hallaba su padre esperándola. Esta vez no había señales de Joaquín, tanto mejor, ese hombre era demasiado siniestro para ella. Cuando llegó al vehículo, su padre le indicó que entrase y así lo hizo.

Padre e hija disfrutaban por unos minutos de una conversación sosegada, no pretendían que fuese una despedida, más bien, se trataba sólo de un hasta pronto. Él le proporcionó un número de teléfono, unas llaves y una dirección, en la cual, siempre le podría encontrar. Insistía en que, cuando terminase el curso, fuese a visitarlo, sobre todo porque el hombre continuaba obstinado y no perdía la esperanza que su hija fuese a vivir junto a él.

Evidentemente, la identidad de su padre sería cambiada, pero no le costaría mucho esfuerzo acostumbrarse a ello. Nada difícil para ella puesto que nunca dejaría de llamarle papá. Odiaba las confianzas que se tomaban algunos hijos que, con el paso de los años, terminan llamando a sus padres por los nombres de pila como si se tratasen de unas personas cualesquiera, cuando en realidad, no lo eran ni se merecían el menosprecio de esa falta de respeto.

Esta despedida no entristecía a Julia, sabía que él iba a intentar rehacer su vida de nuevo. Ella ya fue dichosa cuando lo vio vivo, después de haberse hecho a la idea de lo contrario, esto fue suficiente para hacer llegar la alegría a su corazón.

No sabrían decir cuánto tiempo llevaban conversando padre e hija cuando de repente, unos individuos se abalanzaron sobre el coche blandiendo unas pistolas en las manos y vociferando: “¡Alto, policía!. ¡No se muevan!. Están detenidos”. No se sabe de donde aparecieron los coches patrullas y, aunque pareciese que se trataba de una película, aquello era real. Los hicieron salir del coche con las manos en alto, registrándolos a plena luz del día. Los transeúntes se quedaban mirando la escena perplejos por el montaje y la actuación de los efectivos de la policía, paralizando su caminar para satisfacer su curiosidad por saber lo que sucedía.

Finalmente, los introdujeron por separado en coches patrulla y fueron conducidos hasta la comisaría. El automóvil fue confiscado y llevado al depósito municipal para realizar un examen profundo registrándolo en detalle, hueco a hueco, pieza a pieza.

Durante el traslado, Julia rompió en llanto silencioso, aquello era nuevo para ella, nunca se imaginó viéndose así, esposada y detenida como una vulgar delincuente. La muchacha todavía sorprendida, continuaba sollozando, sabía que fuese lo que fuese por lo que la habían detenido, estaba metida en un buen lío.

Al llegar a la comisaría, ambos fueron alojados en celdas separadas sin darles la oportunidad de poder hablar de lo que estaba sucediendo. José permanecía más preocupado por su hija que por lo que le pudiese pasar a él. En su caso, el asunto estaba claro, lo habrían pillado, tarde o temprano encontrarían el paquete y conocía por experiencia lo que le esperaba. Sin embargo, para su hija aquello no era justo, ella nunca había formado parte de aquel mundo y sentía verdadero pesar en lo más profundo de su ser, por haberla involucrado de una forma tan tonta y estúpida. La policía no la soltaría tan fácilmente, exigirían de él, algo a cambio, era la ley no escrita.

Al poco de estar detenidos, hizo aparición el comisario sonriente y contento, sabedor que había cazado a José cargado de nieve hasta las cejas y que no poseía escapatoria. Una operación limpia sin costes ni heridos, ahora sólo necesitaba una confesión firmada para concluir y obtener el reconocimiento de sus superiores.

-Bueno, bueno, ¡pero qué tenemos aquí!. ¿Un fantasma?, no, no, no, no es una aparición, es un resucitado –iniciaba el inspector su diálogo cargado de ironía-. Creo que a partir de hoy, voy a creer en Dios y en los milagros. ¿Cómo se encuentra uno volviendo del mundo de los muertos?.

-Yo muy bien, ¿y usted?.

-No me lo digas, te marchaste de este mundo dejando cosas pendientes, qué fue lo que pasó, no seguiste la luz que te guiaba al final de túnel, no te quisieron en el infierno o es que tienes varias vidas como los gatos, porque... yo te veo muy vivito, porque..., estás vivo, ¿verdad? –la pregunta iba acompañada de una palmada en la parte de atrás de la cabeza del detenido haciéndole cabecear hacia delante.

-Y... ¿Por qué no iba a estarlo? –preguntó José tratando de hacerse el ignorante para intentar averiguar qué era lo que sabía la policía sobre todo el asunto.

-Hombre..., no sé tú, pero en la policía somos un poco tontos y es fácil hacernos caer en la confusión, haciéndonos pensar que eras tú el fiambre, sólo porque tu cartera estaba en el lugar de los hechos. Sólo existían dos posibilidades: eras el muerto o lo hiciste tú. Tu familia actuó de buena fe, te enterraron con funeral y misa incluida. ¿Tú que hubieses pensado?. También te habrías confundido, ¿verdad?. Por cierto, te dieron un entierro que una escoria como tú, no se merecía. Fue algo digno de una persona honrada, puedes estar orgulloso de ello, nunca creí que hubiese gente en el mundo que pudiese demostrar cariño por individuos de tu calaña.

-No sé de qué me está hablando.

-Oficialmente estás muerto.

-¡Yo no estoy muerto!.

-Venga, me tengo por mucho más inteligente, dime algo que yo no sepa.

-La verdad es que me robaron la documentación antes de irme a visitar a un viejo amigo, iba a arreglar los papeles y denunciar el robo cuando volviese de verle, mire por donde, hoy era ese día.

-Ya, entiendo... -dijo el policía sonriendo-, de paso te trajiste un puñado de nieve, ¿verdad?.

-¿Qué nieve?. No tengo ni idea de qué nieve me está hablando.

-No pongas cara de estúpido. Sí, sí, hemos encontrado los dos kilos de cocaína en tu coche. ¡Pues ya me vale!. Ahora te tenemos bien trincado, creo que esta vez no te vas a poder librar de nada. Eso es tráfico..., lo sabes, no lo tienes nada fácil. ¿Qué tienes que decir a eso?.

-No sé de qué me está hablando, siempre puedo decir que no es mía, que la ha puesto la policía para poderme acusar de algo, del resto se encargará mi abogado.

-¡Déjate de *jilipollec*!. Esta vez te estábamos esperando y todo se ha hecho legalmente, con una detención en regla y se ha registrado el vehículo en presencia de un juez así que todo es legal. Además, sabes que nadie va a creer lo que digas, tus antecedentes pesan mucho y la balanza no se inclina a favor tuyo. De sobra sabes que si tú caes, de eso no tengo la menor duda, la chica cae contigo también -afirmó el policía en tono de amenaza.

-Ella no tiene nada que ver, simplemente es mi hija y estaba allí hablando conmigo fue una casualidad.

-No, no, nada de eso. Ella estaba en el lugar oportuno y en el momento adecuado, quien me dice a mí que ella no es el enlace para transportar la droga.

-¡Eso no se lo va a creer nadie!.

-Yo no sé nada, lo único que sé es lo que mis ojos ven y mis oídos oyen, por mi parte, ahora mismo, esa chiquita es tu cómplice, porque iba contigo en el coche, pero..., siempre tienes la posibilidad de convencerme de lo contrario.

-Cómo quiere que lo demuestre, con una copia de la partida de nacimiento.

-¡Mal!, respuesta errónea, que ella es tu hija ya lo sé y me lo creo, no tienes que demostrar nada, ese no es el camino.

-Entonces..., ¿qué quiere que le cuente?.

-Veo que estás un poco espeso, a ver como te lo diría más claro, cuéntame cosas de los Trinqueles hasta que yo me quede convencido que eres una persona sincera y, en honor de esa sinceridad, que estoy seguro que me vas a demostrar, yo te creeré y soltaré a tu hijita.

-Yo no soy un chivato. No puedo decir nada. ¡Es ridículo!. No puedo hacerlo.

-¡Tú mismo!. Tú eres su padre y el que decide por ella.

-Soltadla, es todavía una niña, no la podéis mezclar en esto -rogaba José ante el rostro inmutable del inspector.

-Si tú no colaboras, no esperes esfuerzos por mi parte. Bueno, al fin y al cabo, la muchacha es mayor de dieciocho años y, eso quiere decir, que ya está crecida para ir a la cárcel. Puede que durante el juicio se demuestre que es inocente, pero hasta que éste llegue, permanecerá entre rejas, puede que hasta un año en prisión preventiva, eso es tiempo, más que suficiente, como para que salga de allí siendo otra persona. No hace falta que te cuente lo que hacen con las *yoghuorcitas* como ella y total..., va a estar encerrada por una jilipollez, simplemente porque su papaito no colabora con nosotros.

-Es imposible que la podáis acusar de nada, porque ella no sabe nada.

-Ya sabes que eso a nosotros no nos importa, es el juez el que determinará si va a la cárcel o no, a no ser..., que tú pongas de tu parte para que no sea así. Piénsatelo y deprisa, no a todo el mundo se le ofrece la oportunidad que te estoy brindando, puede ser que me arrepienta. Las buenas ocasiones pasan y hay que tomarlas al vuelo. Para ti sería más fácil de lo que piensas, por ejemplo, estaría bien que reconocieses que la droga era tuya y que nos dieras alguna información sobre los Trinqueles.

-No os puedo decir nada que no sepáis ya. Sabéis de sobra que yo sólo soy una mula, a mi nivel nunca llega información sobre las cosas que se hacen ni los cargamentos. Yo no soy nadie. Os lo suplico, no tengo nada que contar.

-Entonces..., según tú..., ¿qué tienes para ofrecernos?.

-Nada, absolutamente nada.

-¡Pufff!. Pues..., me lo pones difícil para convencerme y que me olvide de tu niña. Si sale culpable y eso sólo depende del juicio, ella puede pasar hasta seis años entre barrotes, todo por culpa de la idiotez de su padre. Tú... ¿Cómo lo ves?... Yo..., no lo veo nada claro, hasta puede que esta noche sufra de insomnio por estar enviando a una inocente a la cárcel.

-No seáis cabrones, yo no sé nada.

-Si no me das nada a cambio, poco puedo hacer, imagínate si en la calle se corre la voz de que soy un blandengue, tengo una reputación y un nombre que defender. Sé que lo entiendes. Así que piensa, piensa, ya se te ocurrirá algo, hasta la chica tenía cosas que decimos por cierto, bastante curiosas, nos ha contado que Jaime era el culpable de lo del descampado y cuando le hemos enseñado la foto del fiambre del parque... ¡Bingo!, la chica se ha derrumbado llorando, resulta que lo conocía y, que sospechaba, que lo mató un tal Joaquín. Pienso que es un buen colega tuyo, de los leales, de los que no se acuestan con tu mujer.

-¡Sois unos cerdos!

Como consecuencia del insulto, el policía le propinó un fuerte puñetazo en las costillas.

-Pero hombre..., estás hablando con un inspector, creo que me merezco un respeto, no te puedes tomar esas confianzas, todavía no hemos dormido juntos.

-Dejadla en paz, ella no tiene ni idea de lo que cuenta. ¿Qué mierda queréis que haga?. Decídmelo de una vez por todas –solicitó José con resignación.

-Por ejemplo, te podemos enseñar unas fotos y tú nos dices quién es cada uno de ellos, lo que hace y lo que sepas de él. Tú cuéntanos cosas que nosotros ya valoraremos lo que es bueno o no.

-Y si no sé lo que vosotros queréis saber....

-Seguro que eso no pasa porque si no, no habrá servido de nada el esfuerzo. La chiquita no podrá llevarte tabaco a la prisión. ¡Jo, jo, jo! –rió el policía socarronamente.

-Si hablo y os cuento todo lo que queréis saber, ¿me daréis algún tipo de inmunidad? –solicitó José intentando sacar un trato ventajoso-. Si me encerráis soy hombre muerto. Lo sabéis.

-Eso siempre dependerá de lo que tú pongas en el otro platillo de la balanza, el de este lado tiene la libertad de tu hija y dos kilos de coca. En cualquier caso, no te tienes que preocupar por el futuro, allí estará Jaime para hacerte compañía al igual que se la ha hecho a tu esposa durante su sufrido luto.

-Entonces..., ¿Jaime está detenido? -preguntó José haciéndose el tonto.

-De eso nada. Esta mañana le detuvimos por cargarse anoche a un muchacho en el parque, aunque tu niña se empeña que fue el tal Joaquín, doy por supuesto que se trata del demacrado ése que a veces te acompañaba. No importa, como yo no soy escrupuloso y encontramos el arma del asesinato debajo de su cama, por lo que a mí respecta él es el asesino, no me importa como llegó hasta allí la pistola ni quién fue realmente quien lo hizo. Ya tengo uno al que cargarle el muerto y con eso cierro el expediente. Como ves soy muy práctico. Despacho mis asuntos de una forma rápida y limpia, que sea así en tu caso sólo depende de ti. Tus rollos y lo que pasó en el descampado, lo dejas para otro, sé que por ese lado no voy a poder demostrar nada, como tú dices, quién sabe porque estaba tu cartera en ese lugar, pero de los dos kilitos no te libra nadie.

José miraba al inspector con odio y resignación. Si delataba a los Trinqueles se condenaba aunque de todas formas, ya lo estaba. En el momento en el que llegase a la prisión, estaría el clan esperándole y cumplirían su particular sentencia, así pues, ya estaba todo perdido, por lo tanto, colaborar sólo podía beneficiar a Julia y de paso, si

podía, a él mismo. Por otro lado, él poco sabía que no supiese la policía. Podía intentar montar una historia grande, algo gordo, como el rumor de una entrega de muchos kilos y de esta forma engañar a la policía para que le diesen inmunidad. Si era listo y lo hacía creíble puede que le saliese bien, total, quién iba a desmentirlo. José levantó la mirada hacia el inspector y de una forma decidida se dirigió al policía:

-En el supuesto que aceptase colaborar..., ¿dejáis libre a mi niña?.

-Por supuesto. De inmediato, todo está pendiente de una sola palabra mía.

-¿Dónde están las malditas fotos?.

-¡Así me gusta! –contestó el inspector cínicamente-. Al final siempre tengo razón, no creas, tuve que defenderte de los que decían que eras un estúpido y, mira por donde, eres un padre concienciado –añadió esta frase a modo de coletilla tratando de humillar a José un poco más.

José comenzó a relatar todo lo que sabía y lo que pudo inventarse sobre la marcha de una forma coherente y sin entrar en propias contradicciones. La policía, aquella misma tarde, tras tomar las huellas a Julia, hacerle las fotos de rigor y rellenar la ficha policial, la puso en libertad sin cargos.

Al día siguiente, Julia tomó sus bártulos y emprendió un viaje por su propia cuenta con el fin de comenzar una nueva vida alejándose para siempre de su hogar. Ella no volvió a saber nada más de Jaime, ni de su madre, ni de su padre. Aquello quedó atrás y era parte de su vida pasada, ahora, era necesario mirar al frente hacia su futuro.

José fue conducido a la cárcel en régimen de prisión preventiva, en aquel lugar se encontraría a Jaime y saldarían las cuentas pendientes. También era cierto que en el centro penitenciario se encontraban al alcance los tentáculos de los Trinquetes y estos no olvidan nunca.

El encarcelamiento sería una dura lucha por sobrevivir, pero aquello formaba parte de la forma de vida que ellos habían elegido. Jaime y José ya sabían que, en ese tipo de oficios, pocos llegan a la jubilación, lo que ocurre que siempre se tiene la esperanza de ser uno de ellos.

José se aventuró y fue en busca de un futuro mejor, se la jugó y le salió mal. Intentó cambiar de forma de vida del modo más fácil y rápido. Jaime quiso ser más listo aún que su colega llegando incluso a engañarlo. A veces se gana, otras se pierde, todo depende de la suerte, del destino y de que nadie te traicionase. Éste no fue el caso de José que debía haber sido más listo e intuir la jugada de Jaime.

Bueno, ya estaba hecho, así que poco más se podía hacer, que no fuese luchar por seguir vivo un día más.

Mantener la esperanza les reportaba una pobre y una triste recompensa, las sentencias para ambos delincuentes, como poco, iban a ser de unos cuantos años y, con buena conducta, puede que se redujesen algún que otro año. Eso, si conseguían mantenerse vivos para cumplirlos.

Sonaba a irónico, noches de copas, malas decisiones, esperanzas de una vida mejor. Todo ello se truncó en vidas destrozadas llevando a ambos a la prisión. Triste y lamentable final para estos hombres que no supieron mantener el código de honor entre delincuentes y que hicieron de la traición su credo y religión.

Epilogo

Un año después.

-¡Qué hay Pedro!. ¿De dónde vienes con esa cara de perros?.

-Qué cara quieres que ponga después de conducir durante tres horas seguidas, tengo el culo cuadrado y me duele la maldita espalda, está agarrotada.

-¿Dónde has estado?.

-En Arevir, una ciudad turística de la costa.

-Sé donde es, cerca de allí voy a veranear con la familia, pero eso está casi a trescientos kilómetros de aquí. ¿Qué hacías tan lejos?.

-Quizás tú te acuerdes del caso. Recuerdas a un tal José, muerto calcinado en un descampado y unos kilos de coca que desaparecieron, hace cosa de un año, más o menos. Aquel tema que se destapó gracias a las copias de atascadas en la fotocopidora del archivo.

-Sí, sí, aquel muchacho del archivo que se dedicaba a sacar copia de las fichas. Después, se descubrió que el individuo de la ficha no estaba muerto, que todo era un engaño ...; lo detuvimos, pero..., creo que no se llegó a encontrar toda la droga, sólo se incautó una parte en un registro desguazando un vehículo.

-Pues parece que ya hemos sabido dónde fue a parar el resto o, al menos, quien se la llevó. La historia resulta un poco complicada. José se apropió de dos kilos del cargamento. Nuestros informadores nos contaron que diez. ¿Qué fue lo que ocurrió?. Muy sencillo, cuando Jaime, se enteró de lo que su colega se traía entre manos, tomó por su cuenta los otros ocho kilos y, frente a los Trinqueles, le echó toda la culpa a José, que no tenía ni idea que su compañero se había quedado con una parte del cargamento.

-Pero eso..., eso no explica lo del descampado. Entonces..., ¿quién era aquel tipo?.

-Aquello fue fortuito, los Trinqueles enviaron a alguien para reclamar la droga, tuvieron una discusión en el coche y José se cargó al emisario.

-¿Y la documentación?.

-José la lanzó allí para despistar, para que todo el mundo pensara que lo habían matado a él y que el emisario se había largado con toda la droga.

-¡Puffff!, me parece que los delincuentes de hoy en día han visto demasiadas películas. Antes las cosas eran más sencillas, iban, robaban y huían.

-Había también mezclado en el asunto otro asesinato, el de un chavalote en el parque, ¿quién era?, que yo sepa no era un *camello*. No acierto a comprender el por qué de aquella muerte, parecía totalmente innecesaria y absurda.

-Nada de eso, todo estaba ligado, a aquel infeliz se lo cargaron para acusar a Jaime del asesinato y que fuese a la cárcel. Sólo fue una sutil venganza de su colega José. Una vez hubiesen detenido a Jaime, él se largaría tranquilamente, pero tuvo mala suerte y los trincamos justo cuando se iba a marchar.

-Vale, vale, ahora como casa eso con Arevir.

-Volvemos otra vez atrás, nosotros sólo encontramos los dos kilos camuflados en el coche, de los ocho de Jaime nada supimos, pues bien, mira por dónde hoy he tenido

que ir a Arevir para identificar a esta chica –el policía le mostró una fotografía al compañero.

La imagen mostraba a una muchacha joven con un aspecto algo abandonado y descuidado.

-Pues ..., la verdad no caigo, ¿quién es?.

-Sí hombre, mírala más despacio. No ves que es la hija de José, aquella chiquita mojigata que detuvimos junto con él, en el coche, y que después de ficharla, la soltamos para que su padre colaborara.

-¡Ah!, sí, ahora recuerdo. Vaya pinta tiene en la foto, va vestida como una furcia.

-La policía de Arevir, buscando en el banco electrónico de huellas digitales, encontró su huella con un noventa y siete por ciento de las coincidencias, de allí obtuvieron su nombre y su ficha. Como ha sido detenida con un montón de droga y fue fichara originariamente aquí, me han llamado para identificarla y ver si tenía algo que ver con nuestros casos. Cuando he llegado y la he visto, estaba todo claro, por supuesto, era ella, aunque yo ya me lo imaginaba por el camino, porque así quedan cerrados todos los cabos sueltos que tenía.

-¿Qué ocurrió?. ¿Por qué la pillaron?. ¿Estaba vendiendo la droga?.

-Algo parecido, a ésta chica la trincaron hace una semana en una rencilla entre drogatas, al menos eso dicen, después, en un registro encontraron gran cantidad de drogas es su vivienda. Era de esperar que pasase esto, según parece, ella fue la que se marchó con los ocho kilos de Jaime. Cómo llegó a sus manos, vete a saber quien se la dio. Dicen que siempre tenía mucha pasta y estaba tratando de colocar nieve en el mercado. Con tanta competencia, alguien se puso nervioso y dio el chivatazo a la policía. Fue de lista y al final, como suele ocurrir, la localizaron y la detuvieron. Luego, en la cárcel, le pasarán factura los Trinquetes, que son los legítimos dueños de la nieve.

-Es muy jovencita para acabar así.

-¡Qué quieres que te diga!, terminará igual que todos: Jaime, José, ella, en la cárcel, pero más tarde o temprano, *fiambres*. Quien juega con fuego, se acaba quemando. Esta gente desde el día que nacieron tenían el futuro escrito, eran carne de presidio y, como de tal palo tal astilla, así le fue a la muchacha. Tontearon con los Trinquetes y estos no perdonan. Aquí el único que ha sido listo de verdad, ha sido el demacrado ése, cómo se llama...

-¿El calavera?..., Joaquín.

-Sí, ése mismo. El tío se mantiene siempre al margen, nunca dice ni palabra y en boca cerrada no entran moscas. Ése nos sobrevivirá a todos.

-¡Qué final tan rocambolesco ha tenido todo este asunto!.

-Bueno, demos carpetazo, al fin y al cabo, para nosotros ya es un asunto cerrado.

FIN

Índice

1. El suceso	3
2. Las habladurías	9
3. La investigación.....	14
4. La elección.....	20
5. El descubrimiento	27
6. El hallazgo	33
7. La cita	33
8. La trampa.....	33
9. La detención	33
Epílogo	33
Índice.....	33